

PROYECCION A OTRA GALAXIA

alf regaldie

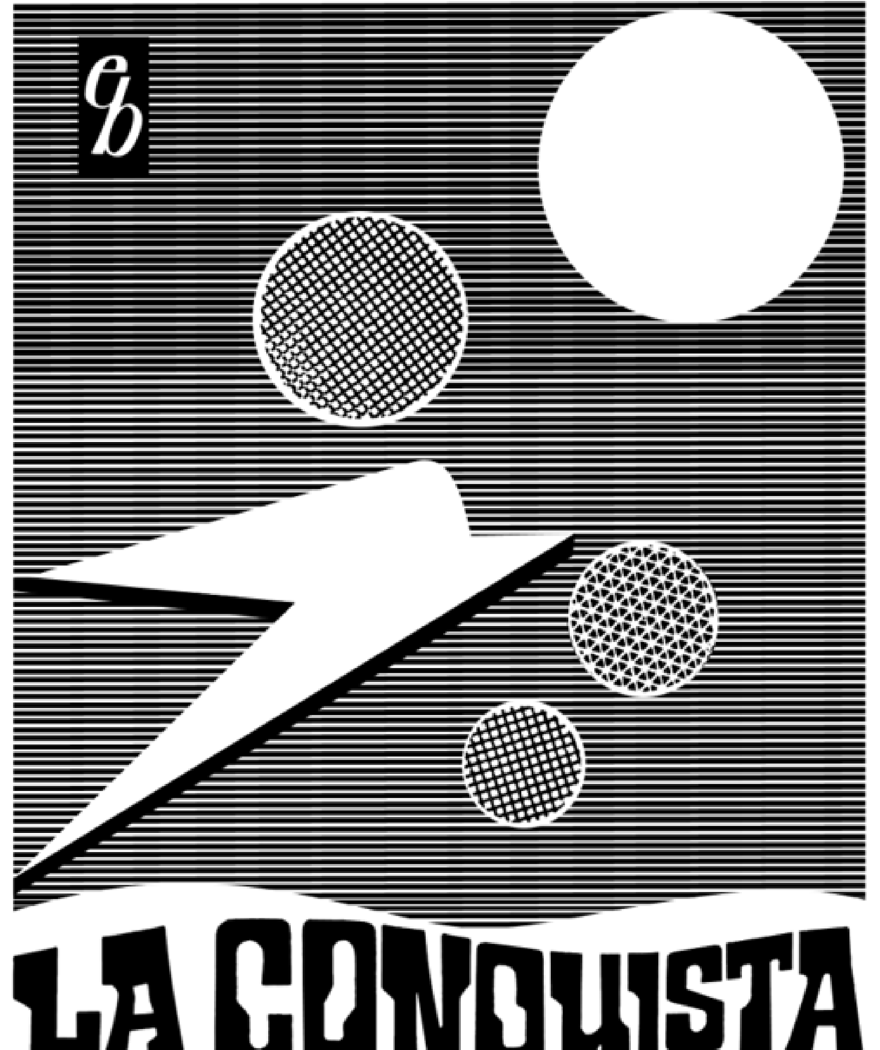
CIENCIA FICCION



PROYECCION A OTRA GALAXIA

alf regaldie

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — ¡Destruid la ciudad 22! — *Ray Lester*.
2. — Orbita mortal. — *Glenn Parrish*.
3. — El ser. — Marcus Sidereo.
4. — Desde un mundo remoto. — *Kelltom Mclntire*.
5. — Robots prohibidos. — *Glenn Parrish*.

ALF REGALDIE

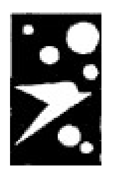
PROYECCION

A OTRA GALAXIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 314

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 27.394 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1976

CAPÍTULO PRIMERO

A Paul Gordon no le resultó difícil burlar la vigilancia del centinela que prestaba guardia a la entrada del pabellón destinado a los astronautas solteros.

Precisamente era él, Paul Gordon, el único soltero del grupo cuya preparación había sido dada como terminada; y que debía abordar la realización de la operación cuyo nombre clave era «Canguro Rojo».

Y que se debía emprender a muy pocos días fecha.

Bastante más difícil fue salir del recinto, pasar las dos alambradas de protección y esquivar seguidamente las patrullas de vigilancia, equipadas de sensibles aparatos de detección.

Finalmente llegó Paul al garaje en donde su novia, una rubia centelleante llamada Terry Ashland, le había dejado el pequeño y veloz vehículo en que se combinaban las características del antiguo avión a hélice y del helicóptero.

Muy pocos minutos más tarde Paul Gordon, tras silencioso vuelo, hacía tomar tierra a su «Tortuga» —como llamaban al silencioso y rápido vehículo— en una explanada próxima al edificio de la escuela de astronautas femeninos, en donde la rubia Terry Ashland cursaba sus estudios y atendía a su preparación física y psíquica.

Quitó Gordon el dispositivo de puesta en marcha al vehículo y bajó de él de ágil salto, cerrando la portezuela.

Seguidamente inició el desplazamiento en dirección al lugar en donde Terry le debería estar aguardando, si había sido capaz de burlar la vigilancia existente en torno a la escuela.

Que si habría sido capaz.

Cerca ya del lugar en que estaban citados, Paul no vio a nadie. Sin embargo recibió la sensación de que no estaba solo.

Intuyó que le atacaban y se dejó caer al suelo con pasmosa rapidez.

Percibió un leve destello a uno de sus lados y sintió el silbido de un objeto.

Desenfundó su emisor de ultrasonidos, capaces de paralizar instantáneamente a cualquier enemigo. Pero no tuvo ocasión de accionarlo.

Experimentó Paul un leve choque en la frente a la vez que percibía un nuevo destello semejante al anterior.

Pretendió realizar un esfuerzo, pero los miembros no le obedecieron. El cerebro tampoco le obedecía. Comenzó a experimentar una especie de sopor.

Vio avanzar hacia él a dos seres de corpulencia muy semejante a la suya, vestidos con equipos muy parecidos a los que él había empleado en muchas ocasiones para sus prácticas de pesca submarina.

Antes de que llegasen los extraños seres al lugar en que Paul se hallaba, sintió éste que le envolvía una especie de energía que le comunicaba una cierta ingravidez.

Aquello permitió a los dos seres tomar a Paul, hacer que se levantase y mantenerlo luego en posición vertical.

Seguidamente lo alzaron del suelo sin esfuerzo aparente alguno, y lo condujeron más de doscientos metros hasta un lugar en donde se hallaba un vehículo en forma de gigantesca lenteja y cuyo tren de aterrizaje mantenía el aparato a un metro escaso del suelo.

Gordon, semiinconsciente como se hallaba, se dio cuenta de que el aparato quedaba envuelto en una especie de tenue neblina que no permitía verlo hasta que se estaba muy cerca de él.

El joven recordó que en uno de sus viajes espaciales, y no lejos de la Luna, había entrevisto un aparato de aquel tipo, aparato que había desaparecido tan rápida como silenciosamente, hasta el punto de que llegó a pensar que había sido un mero fenómeno de espejismo.

Pero no, allí estaba la aeronave en forma de gigantesca lenteja, envuelta en la neblina que la hacía casi invisible.

Se percibió un leve zumbido y la aeronave comenzó a elevarse a la vez que escondía su tren de aterrizaje.

A continuación se produjo un leve desplazamiento lateral del aparato volador, el cual quedó sobre las cabezas de Gordon y sus dos aprehensores.

El joven astronauta se dio cuenta de que comenzaba a recobrarse de los efectos adormecedores de la cápsula que había hecho blanco en su cabeza.

Lo malo para él era que seguía careciendo de movimientos y de fuerza para poder actuar en su defensa.

La aeronave se detuvo apenas su tren de aterrizaje hubo desaparecido en sus entrañas.

- se abrió entonces una especie de escotillón.

La energía que había comunicado al cuerpo de Gordon un cierto estado de ingravidez, aumentó de potencia.

- el joven astronauta, libre de las manos de sus dos aprehensores, sintió que era elevado en dirección a la escotilla que se había abierto en el suelo del aparato volador.

Dominado por aquella fuerza entró Paul en una sala de reducidas dimensiones y, guiado por la misma fuerza, fue a sentarse en un sillón, en el cual quedó aposentado y apresado por dos

tentáculos que lo sujetaron a los brazos del mismo.

Miró frente a él.

Sentada en un sillón semejante al suyo, sujeta asimismo a los brazos del mismo, se hallaba la rubia Terry Ashland.

Por el escotillón entraron los dos seres que habían apresado a Paul Gordon. Se cerraron las puertas y quedó recompuesto totalmente el piso de la sala.

Cedió la impresión de ingravidez que había experimentado Paul. La energía que la producía, al ser recogidos los dos tripulantes de la aeronave, había sido cortada.

Paul se dio cuenta entonces de que los trajes que vestían sus aprehensores, totalmente negros, apenas si reflejaban la luz, haciéndolos punto menos que invisibles.

Terry se dirigió a Paul, al cual dijo:

—Parece que me han empleado como cebo para capturarte. Lo siento.

Gordon intentó responder, pero no logró emitir sonido alguno.

Uno de los aprehensores se despojó de una especie de casco de material flexible que le había cubierto hasta entonces cabeza y rostro.

El color de su piel era cobrizo claro, sus facciones correctas y llevaba la cabeza totalmente afeitada.

Los ojos ligeramente oblicuos hicieron pensar a Paul en una raza de las establecidas por las islas del Pacífico.

Pero el extraño ser, como si adivinase los pensamientos de Paul, dijo en correcto inglés:

—No se moleste, Gordon… Soy un extraterrestre. El planeta en donde nací estaba situado a bastantes años luz de aquí, de la Tierra, aunque dentro de la misma galaxia.

Mientras el extraterrestre hablaba, su compañero de expedición se había despojado también del flexible casco.

Tal vez fuesen de la misma edad los dos extranjeros, edad madura, según pensó Gordon, aunque indefinible.

El segundo de los dos aprehensores llevaba el pelo rapado, como el primero. Su color era ligeramente más claro y los ojos azules en contraste con el verde-gris del primero.

Sus facciones también eran correctas —con arreglo al concepto terrestre— y la leve oblicuidad de los ojos, menos acentuada.

—He dicho «estaba» —prosiguió el que había hablado— porque ya no existe. Se desintegró en una explosión, muy semejante a la que había sido su principio de existencia.

Terry preguntó:

—¿También mantienen ustedes esas teorías?

—No son teorías. En ese sencido, desgraciadamente, para nosotros pasó el tiempo de las teorías. Ahora son hechos comprobados.

Lo dijo con evidente amargura.

Tanto Gordon como Terry tenían la sensación de que la aeronave se había puesto en movimiento iniciando un veloz desplazamiento aunque ellos no notaban nada.

El segundo de los extraterrestres, como si adivinase los pensamientos de la rubia y de Paul, dijo a su vez:

—Sí, nos desplazamos a una velocidad más que regular. Pero sucede que un perfecto sistema de giróscopos hace que nuestra aeronave no experimente sacudida alguna. Ni siquiera se percibe su desplazamiento.

—Pues no —dijo Terry—, Aunque eso no me asombra.

—Sé que ustedes han conseguido realizaciones tan perfectas como las nuestras. Lo que tal vez no les quepa en la cabeza es que —fuera de ustedes— se haya adelantado tanto o más en ese y otros sentidos.

La impulsiva Terry iba a responder en tono airado. Estaba irritada por haber sido apresada y se consideraba culpable de que Gordon hubiese caído también.

Pero en aquel momento se abrió una puerta corrediza.

Por unos momentos quedó a la vista de Terry y Gordon la cabina

de mandos de la extraña aeronave.

De la cabina, al abrirse la puerta, salió otro extraterrestre. Vestía como los dos anteriores y llevaba la cabeza descubierta.

Era alto, robusto, bien proporcionado. Su edad resultaba indefinible tanto para Terry como para Paul.

Se cerró la puerta corrediza a espaldas del extraterrestre. Y éste se dirigió a sus dos prisioneros, a los que dijo:

—Bien venidos a bordo.

Gordon sintió que le había vuelto la capacidad de hablar y replicó con aspereza:

—Siento no poder corresponder a su bienvenida. Esto es un abuso, un atropello a nuestra libertad, a nuestros derechos...

—Esas son leyes suyas, no nuestras, Gordon. Por otra parte, ustedes faltan también a ellas cuando les conviene.

Iba a replicar Terry, pero el extraterrestre hizo un gesto al cual acompañó un imperativo ademán.

- la rubia chica se sintió dominada, guardando silencio a la vez que miraba fijamente al que parecía jefe de los extraterrestres.

Este varió de expresión y prosiguió diciendo:

—Permitan que me presente. Me llamo Bogo-Dima. Mis ayudantes son Fas-Tang y Sung-Tag.

—Conocer sus nombres no cambia los hechos —dijo Paul.

—De acuerdo. Pero la cortesía no está nunca de más.

—Ni el respeto. Y secuestrar a dos personas es algo que rebasa la falta de respeto. Y entra de lleno en la piratería —replicó Paul.

—Acepten el hecho de que están presos. Siempre será mejor que se les trate con la debida cortesía a que se les maltrate, ¿no?

—Sí, claro.

—Sabía que llegarían a comprenderme —dijo Bogo-Dima con

ironía.

—No había otra salida, ¿no?

—Exacto.

—¿Cuál va a ser nuestra suerte?

—Son ustedes astronautas, ¿no?

—Yo soy una simple estudiante. Me preparaba para ello.

—Lo sé. Reúne usted unas condiciones óptimas. Tenemos su ficha... Y la suya también, Gordon. Hacen una espléndida pareja.

Habló Bogo-Dima con ironía que daba un poco de escalofrío.

• prosiguió tras una pausa:

—Nuestro planeta desaparecido se llamó Valió. Sus condiciones de vida eran muy similares a las de la Tierra. Nosotros no diferimos prácticamente en nada de ustedes.

—Sigo sin entender el motivo de nuestro secuestro.

—Todo llegará, Gordon, paciencia. Nuestra ciencia y, digamos nuestra civilización, llegó más lejos que la de ustedes en la actualidad.

—Eso temo —dijo Terry.

—Y sucedió algo que les puede suceder a ustedes si no cambian de rumbo. Aunque parece que van cediendo las ambiciones de los diferentes grupos económicos.

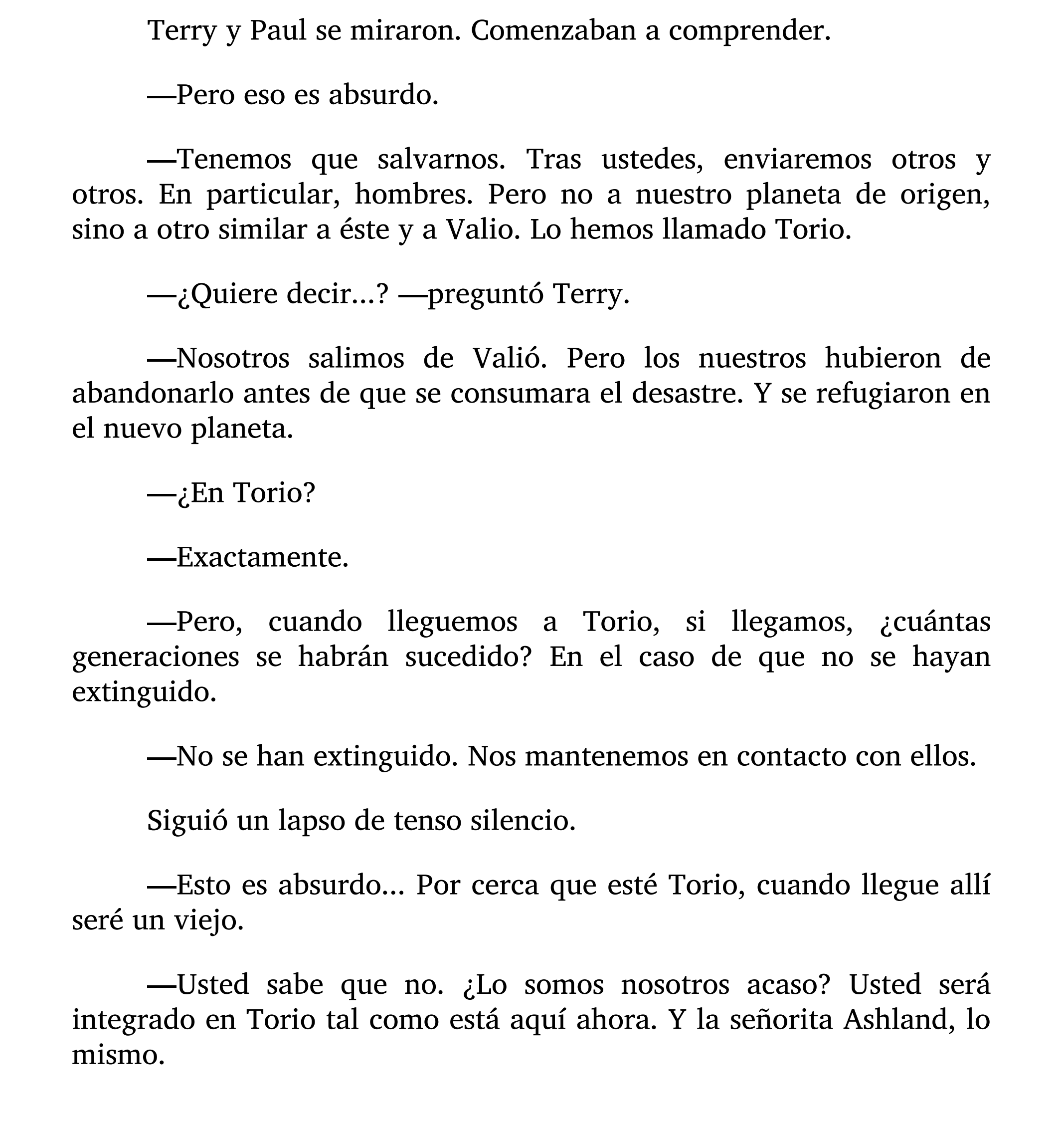
—¿Qué sucedió?

—Luchamos hasta la extenuación. Y nos autodestruimos.

—Menos mal que estaban civilizados —ironizó Gordon.

—¿Y en dónde entramos nosotros en todo eso? —preguntó Terry.

—Nuestro planeta quedó inhabitable, prácticamente muerto. Y los pocos seres que nos salvamos, quedamos estériles en la mayoría. Singularmente los hombres, que llevamos el peso de la lucha.



Terry y Paul se miraron. Comenzaban a comprender.

—Pero eso es absurdo.

—Tenemos que salvarnos. Tras ustedes, enviaremos otros y otros. En particular, hombres. Pero no a nuestro planeta de origen, sino a otro similar a éste y a Valio. Lo hemos llamado Torio.

—¿Quiere decir…? —preguntó Terry.

—Nosotros salimos de Valió. Pero los nuestros hubieron de abandonarlo antes de que se consumara el desastre. Y se refugiaron en el nuevo planeta.

—¿En Torio?

—Exactamente.

—Pero, cuando lleguemos a Torio, si llegamos, ¿cuántas generaciones se habrán sucedido? En el caso de que no se hayan extinguido.

—No se han extinguido. Nos mantenemos en contacto con ellos.

Siguió un lapso de tenso silencio.

—Esto es absurdo… Por cerca que esté Torio, cuando llegue allí seré un viejo.

—Usted sabe que no. ¿Lo somos nosotros acaso? Usted será integrado en Torio tal como está aquí ahora. Y la señorita Ashland, lo mismo.

CAPÍTULO II

Tanto Paul como Terry se estremecieron al escuchar a Bogo-Dima la palabra «integrado».

Si iban a ser «integrados» en Torio, significaba que iban a ser «desintegrados» en la Tierra para ser proyectados de tal manera a través del espacio.

—Usted está loco... Eso es absurdo —dijo Paul tras un prolongado lapso de silencio.

—¿Por qué? Aunque usted lo ignora, en la Tierra hay un grupo de científicos que están llegando a esos resultados ya. Nosotros llegamos hace bastante tiempo.

Tras una pausa prosiguió diciendo Bogo-Dima:

—¿Cuánto? Es inútil hablar de años y ni siquiera de años luz. Cuando se llega a determinadas situaciones, cuando se rebasa en el espacio la velocidad de la luz, el cómputo del tiempo no sirve y usted lo sabe.

Tanto Terry como Paul guardaron silencio. Y cuidaron asimismo de no pensar. Tenían claro que aquellos seres eran capaces de penetrar en sus pensamientos, de descifrarlos.

Valía la frase de que podían leer en sus cerebros como en un «libro abierto».

Bogo-Dima, tras sonreír levemente, prosiguió:

—Cuando sean integrados allí de nuevo, para sus vidas físicas apenas si habrán transcurrido unos minutos. Es decir, nada…

La palabra quedó como flotando en el aire, martilleando en los oídos, en los cerebros de Terry y Paul una y otra vez: «Nada, nada, nada…»

Aunque el movimiento de la aeronave no se notaba en absoluto, tanto la rubia Terry como Paul recibieron la sensación de que se detenían. ¿En el espacio? ¿Posando el tren de aterrizaje sobre la tierra?

Los dos terrestres comenzaron a notar que todo se iba nublando en torno a ellos.

- dejaron de verse entre sí.

Fueron borrándose de su vista asimismo Bogo-Dima, Fas-Tang y Sung-Tag, envueltos en la neblina.

Sin visibilidad alguna comenzaron a notar la misma sensación de ingravidez que les había sido comunicada para entrar en la aeronave.

- ambos experimentaron la sensación de sentirse libres de las ligaduras que los habían mantenido sujetos a los sillones.

Se producía todo sin el mínimo ruido.

Tanto la rubia Terry como Paul se sintieron transportados por la desconocida energía.

No entraron en contacto con cuerpo duro alguno, con nada palpable.

- durante todo el desplazamiento se sintieron envueltos en la neblina que les impedía toda visibilidad.

Lo cual significaba que no podían tener ni la más remota idea del lugar en donde estaban.

Cuando la niebla se fue haciendo más clara hasta que desapareció totalmente, se habían detenido ya y estaban en una sala bastante espaciosa, sin un solo mueble, sin una sola puerta o ventana visibles en ella.

Gordon tuvo un rasgo de humor y dijo a Terry:

—Nos veremos en Torio, rubia.

—Te seguiré queriendo siempre —respondió Terry.

—A través del tiempo y del espacio...

—A través del tiempo y del espacio —repitió la astronauta.

Gordon intentó acercarse a su novia. Terry experimentó el mismo impulso e intentó iniciar un movimiento para salir al encuentro de él.

Pero ni uno ni otro pudieron desplazarse más allá de dos pasos.

Una voz impersonal se escuchó:

—Nada de efusiones ahora. Todo irá mejor si se olvidan de sí mismos y de su mutua atracción. En Torio tendrán tiempo para todo.

Gordon replicó:

—Sigo creyendo que todo esto es absurdo. Cuando lleguemos a Torio no quedará ni uno solo de los suyos. Si no son capaces de reproducirse, y en Torio envejecen como envejecemos en la Tierra...

—Ese es el problema de ellos. Tienen que haber encontrado soluciones. De lo contrario no recibiríamos sus comunicaciones... —respondieron.

—Cuando lleguemos allá, los que queden con vida serán piltrafas.

—En tal caso podrán optar ustedes por quedarse allá o por regresar. Los valios estamos civilizados. Y somos comprensivos.

Antes de que Gordon pudiese dar alguna razón más, la misma voz dijo:

—Ya hemos hablado bastante. Les recomiendo tranquilidad.

Aquello sonó para los dos jóvenes astronautas como una fina ironía.

De forma casi insensible iban perdiendo la capacidad de pensar, de razonar, de expresarse.

Intentó Terry una palabra de despedida para Paul y pudo darse

cuenta aún de que no era capaz de emitirla.

Y lo mismo sucedió al joven.

Las mismas energías que ya los habían manejado anteriormente los separaron, conduciéndolos en sentido paralelo, a unos cuatro metros de distancia el uno del otro en dirección al mismo lienzo de pared.

Silenciosamente, como siempre, se fueron produciendo sendas aberturas frente a cada uno de los jóvenes.

Aún pudieron girar sus cabezas para despedirse con la mirada.

Gordon se sintió satisfecho de comprobar que Terry no demostraba temor alguno. Parecía dispuesta a luchar a la mínima posibilidad que se le presentase.

La joven Ashland estaba preparada síquicamente para cualquier aventura espacial que sé le ofreciese.

Lo malo era que la aventura que tenían ante sí, y que no podían eludir, rebasaba todos los cálculos, todas las previsiones que hasta entonces se podían haber establecido.

Cada uno de los jóvenes penetró por la abertura que se había practicado en la pared. Y dejaron de verse.

Había ido cambiando la temperatura de forma paulatina.

- apareció de nuevo aquella especie de neblina que de forma lenta les fue envolviendo hasta hacerles perder toda posibilidad de verse de nuevo.

Suponiendo que estuviesen en la misma sala.

Paul quiso llamar a Terry, saber si la tenía cerca.

No fue capaz de dar salida al sonido de su voz. Y supuso que a Terry le sucedería algo semejante.

Experimentó de nuevo Gordon la sensación de que flotaba en el espacio. Perdía la noción del tiempo y de la distancia que recorría, así como de la dirección que llevaba.

- se comparó a sí mismo con un globo infantil que escapa de manos del niño y vuela a merced de las corrientes de aire.

Pero él no estallaba. ¿O sí? ¿Qué le depararía la suerte?

Recibió Paul la impresión de que giraba lentamente. Pensó que Terry debería estar experimentando fenómenos muy semejantes.

A su mente acudió la idea de la «desintegración», de un largo viaje por el espacio convertido en invisibles partículas conducidas por una energía desconocida para él.

Pensó en el fenómeno de la televisión, de la radio. Ondas sonoras, ondas luminosas, su reconversión...

- una especie de torbellino en el interior de su cerebro.

Experimentó Gordon el contacto de su cuerpo con otro cuerpo blando. Un cuerpo inerte.

No tenía idea del lugar en donde estaba. Posiblemente se hallaba ya en la cámara de desintegración y proyección de su cuerpo hacia el espacio infinito.

En aquel momento se sintió Gordon dominado por una sensación de angustia vital.

Algo comenzaba a fallar en él.

- en el mismo momento experimentó sueño, un sueño contra el que no era capaz de luchar.

La última idea fue de que le dormían el cerebro.

Estuvo a punto de reír estrepitosamente de haber podido.

Le zumbaron los oídos y ya no fue capaz de sentir nada más. Había comenzado el lento proceso de desintegración para iniciar inmediatamente el de proyección.

* * *

Volvió Gordon a experimentar el zumbido de oídos. Algo leve, levísimo, que le recordó algo remoto, muy remoto en sus recuerdos.

Fue también un zumbido de oídos que, con la sensación de

ingravidez, había experimentado hacía mucho tiempo, instantes antes de que le hubiesen dormido totalmente el cerebro.

Aquello significaba que el cerebro comenzaba a funcionar, que despertaba después de un largo, larguísimo sueño.

- una palabra acudió a su mente. Una palabra que reflejaba una idea vital: «Integración».

Sí, había sido desintegrado en la Tierra.

- había sido integrado ya en... ¿En dónde?

Recordó al fin. En Torio, justamente en Torio.

Aquello significaba que había hecho un largo viaje que podía haber durado varios años luz, a través del espacio interplanetario aunque tal vez dentro de la misma galaxia a que la Tierra pertenecía.

La Tierra. Entonces recordó a Terry, a la atractiva rubia que, también contra su voluntad, habría emprendido la temida aventura a través de los espacios.

¿En dónde estaría ella?

Posiblemente no lejos de él, sufriendo un idéntico proceso de integración.

Abrió los ojos. Y se sorprendió un poco al darse cuenta de que los tenía allí y de que seguramente servirían lo mismo que antes.

Aunque de momento estaba envuelto en una neblina muy semejante a la que le envolvía cuando se había iniciado en la Tierra el proceso de desintegración.

A Gordon le pareció maravilloso haber podido conservar aquellos recuerdos.

- comenzó a sentir profunda admiración por los valios, habitantes entonces de Torio.

Su dominio de la energía en el espacio era tal que habían podido llegar sin contratiempo a través del espacio y por los años luz empleados desde la remota Tierra.

Volvió Gordon a recordar a Terry. Ella estaría cerca, muy cerca. Ansiaba verla como nunca lo había apetecido.

Contra lo que había sucedido en la Tierra al iniciarse la desintegración, allí se sentía relativamente libre. Ninguna ligadura le sujetaba, le oprimía.

Se sintió de nuevo ingrávido. Y perdió contacto con la superficie en que hasta el momento había permanecido apoyado.

A través de la neblina bien conocida se fue desplazando por el aire.

Descendió, su cuerpo adquirió posición de horizontalidad.

- entró en contacto con un cuerpo blando.

La neblina se había ido disipando de manera paulatina y comenzó a ver a los seres que se movían cerca de él.

Había caído, por decirlo así, en una camilla.

Quiso levantarse, pero le faltaron las fuerzas.

Cerca de él apareció un ser humano, semejante a los valios que había conocido en la Tierra.

Pero éste era mujer.

Edad indefinible, como aquéllos.

Muy bella, con ojos llenos de vitalidad.

En el fondo de la expresión de la mujer había como una escondida amargura.

- también admiración por la presencia física del joven astronauta terrestre.

Cuando Gordon intentó moverse para sentarse en la camilla, se dio cuenta de que, por el momento, carecía de fuerzas. Se dio cuenta también de que no era capaz de coordinar sus movimientos.

Sonrió la mujer, que dijo a continuación con voz suave:

—Debes tener paciencia. Te recuperarás pronto, pero debes pensar que es como si hubieses pasado una larga enfermedad. Cualquier esfuerzo prematuro te podría perjudicar y retardar tu puesta a punto.

Paul se dio cuenta de que podía hablar. Y preguntó:

—¿Quieres decir que me debo someter a una especie de preparación, como si fuese un deportista que debe alcanzar la forma óptima?

—Es un buen símil, aunque no sea exacto.

—¿Cuánto tardaré en estar a punto?

—No menos de un par de días.

—No es mucho si se tiene en cuenta el largo viaje… ¿Durante cuánto tiempo he viajado?

—Ese tiempo que has pasado en el espacio no se computa. ¿Qué más da? Si ahora mismo emprendieses el regreso a tu Tierra, encontrarías todo tan cambiado que te asombraría, Y a lo mejor deseabas volver a Torio.

—¿Así pues, seguís en Torio?

—Sí. Estamos aquí como presos.

—¿Como presos? ¿Qué sucede?

—Ya lo irás sabiendo. Mejor que lo vayas viviendo tú mismo. De lo contrario, te podría estallar el cerebro.

—¿Adonde me lleváis? —preguntó Paul al darse cuenta de que se acercaban dos mujeres más, pulcra y escuetamente vestidas.

Eran de buena estatura, estaban bien constituidas, pero daban la sensación de que eran viejas a pesar de la normalidad de sus movimientos, de que sus pieles, sin ser jóvenes, no estaban tampoco marchitas.

—Te llevamos al área de recuperación.

—¿En dónde está mi compañera de viaje?

—Está ya en el área de recuperación. Pero no la verás, al menos de momento.

—¿Es que aquí existe la separación de sexos? —preguntó Gordon en tono burlón.

—Sólo en situaciones como ésta. Ya verás a tu compañera de viaje. O no la verás, según decidan los jefes. —Seguidamente añadió—: Nuestros jóvenes viven con absoluta libertad y su reproducción es cosa de ellos.

—¡Vaya! Tienen capacidad de reproducción.

—Sí. La vida sigue en Torio... Sí, aquella vida que se interrumpió en Valió.

Lo dijo con una expresión de desesperanza que no pasó desapercibida para el joven terrestre.

CAPÍTULO III

Una de las primeras cosas que pudo establecer Gordon aun estando en el área de recuperación, fue el cómputo de tiempo.

Torio era sensiblemente más pequeño que la Tierra. Y en particular las noches eran bastante más cortas.

Fue algo que supo por Dada-Magoa, la mujer que lo recibiera y casi la única con quien había hablado.

Las otras enfermeras que le atendían apenas si conocían alguna palabra suelta de inglés.

En cuanto al médico inspector que le había examinado un par de veces, dio la sensación a Paul de hallarse preocupado por problemas que podían revestir gravedad.

El joven astronauta, bastante recuperado ya, comenzaba a realizar ejercicios fuertes bajo la mirada vigilante de Dada-Magoa, siguiendo las instrucciones del médico inspector.

—¿Qué sucede, Dada? —preguntó Gordon a la valia tras salir de la ducha después de unos ejercicios.

—¿A qué te refieres?

—Os noto preocupados.

—Tal vez haya motivos, ¿no?

—Puede. ¿Qué funciona mal, Dada?

—Ya lo sabrás en su momento.

—Mi preparación es cada vez más dura. Y nada apropiada para lo que Bogo-Dima dijo que iba a ser mi misión aquí en Torio.

—¿Te refieres a tu misión específica de cruce con nuestras hembras?

—Exactamente. Fue lo que me dijo Bogo-Dima.

—Según nos comunicó él, no estabas muy de acuerdo con tal función.

—Pues no. Tengo mis puntos de vista personales sobre la cuestión. Y yo quiero a mi compañera de viaje. ¿Qué es de ella? No me vayas a decir que está ya ejerciendo ciertas funciones...

—Está en una fase parecida a la tuya en lo que a su recuperación se refiere.

Tras un corto lapso de silencio, dijo Gordon:

—Ignoro lo que pensará Terry Ashland. Pero yo no estoy dispuesto a servir de instrumento a vuestros propósitos.

Dada movió la cabeza en sentido negativo mientras su rostro dibujaba un gesto de pesimismo.

Luego sonrió con expresión humorística, que Paul no le había visto hasta entonces. Y la mujer dijo:

—Si hubieras conocido a nuestras lindas muchachas, seguro que habrías variado de opinión. Y te habrías lanzado tras ellas con tanto o más afán que tras tu rubia Terry Ashland.

La sonrisa de humor fue algo fugaz para dar paso a una expresión de amargura que el joven Gordon captó.

Y dijo:

—Has hablado de «si hubiese conocido a vuestras lindas

muchachas»... ¿Acaso no hay ya lindas muchachas? ¿No han podido llegar a vuestros días?

La respuesta de Dada-Magoa tardó en llegar. Dijo:

—Ya conocerás lo que sucede... Lo verás por ti mismo. Y sabrás también que tu misión entre nosotros debe ser otra muy diferente a la que motivó tu traslado a Torio.

Como si no quisiera seguir sabiendo, Gordon preguntó :

—¿Cuándo va a finalizar mi preparación?

—La fase actual va a terminar muy pronto. Es cosa de días. Pasarás a hacer vida en contacto con la naturaleza tras una breve fase de adaptación.

—¿Quieres decir que mi preparación física seguirá después?

—Sí. ¿Y por qué no? Debes llegar a las óptimas condiciones en que estabas cuando abandonaste la Tierra,

—Me la hicisteis abandonar... —corrigió Gordon.

—El resultado es el mismo.

—Preparación física y psíquica.

—Exactamente. Lo mismo que Terry Ashland. Esa muchacha vale mucho. Es lo que vosotros llamáis una superdotada.

—Sí. Por eso fue seleccionada para realizar misiones especiales... ¿Cuándo la veré?

—Pronto. Y parece que podréis amaros tranquilamente.

—¿Es que tenéis una guerra? —preguntó Gordon de improviso.

—¿Qué te hace pensar en tal cosa?

—Uno, el cambio de objetivo y de preparación. Otro, el deseo de que me sienta satisfecho, de que me considere libre. Así es más fácil ir alegremente al sacrificio...

Dada-Magoa se puso repentinamente seria. Luego cambió su expresión y volvió a sonreír. Y dijo:

—Llegas demasiado pronto a conclusiones que pueden ser verdad… Y que pueden no serlo.

—En la Tierra hemos sufrido demasiadas experiencias de ese tipo…

—Lo sé. Aunque a grandes rasgos, conozco vuestra historia —fue la respuesta de Dada-Magoa.

—¿Y qué me dices?

—No tenemos guerra —replicó Dada en tono concluyente.

Sin embargo, se apresuró a retirarse, dejando a Gordon terminando de vestirse.

El joven astronauta se enfrentaba poco después a su : amida, que no difería en gran cosa de la dieta que seguía en la Tierra. Una tierra de la que se había aleado no sabía cuánto tiempo hacía.

Sin embargo, para él estaba el recuerdo tan vivo como s: hubiera vivido en ella hasta el mes anterior.

¿Cuál habría sido la evolución en el planeta del sistema solar durante todo aquel tiempo terrestre?

Se encogió de hombros y comenzó a comer con auténtico apetito.

Estaba en los postres cuando llegó Dada-Magoa.

—¿Ha sido la comida de tu gusto? —preguntó.

—Me aburre comer solo. Me fastidia este aislamiento. Y considero que mi ánimo se va a resentir, haciendo inútil la preparación psíquica a que me estáis sometiendo.

La valia, que parecía preocupada, dijo:

—Sí. En los últimos *tests* se ha registrado esa baja de tu ánimo.

—¿Y no pensáis que se puede llegar a producir la crisis?

—No llegará a tanto. Aunque no sirve de gran cosa la preparación que se te da si no hay compensación espiritual. Los seres humanos no somos robots.

—Es algo que sé desde hace tiempo.

—Sin embargo, dicho sea sin ánimo de criticar, hay quien aún no se da cuenta de ello.

—Pues algo así puede ser el principio del fracaso, de la tragedia...

Dada pareció sobresaltarse. Y preguntó a continuación :

—¿Con quién has hablado? ¿Qué te han dicho?

—De estas cosas no he hablado más que contigo. Pero pienso. ¿Por qué no hablas de una vez? Debo irme preparando psicológicamente para lo que sea,..

De nuevo Dada-Magoa pareció dominada por una profunda preocupación.

Y dijo a Gordon:

—Sí, tienes razón.

—Bien, ¿qué hay?

—Será mejor que lo sepas cuando te hayas reunido con tu rubia Terry. No es cosa de explicaros a cada uno por separado lo que sucede. Y lo que esperamos de vosotros.

—¿Cuándo veré a Terry?

—Cenaréis juntos,.. Sí, solos. No quiero estorbaros. Ya nos reuniremos los tres mañana.

—¿Cómo está ella?

—Espléndida. Tan bien como la mejor de nuestras muchachas. Pienso que eres un hombre afortunado.

—¿Qué dice?

—Me ha preguntado por ti en diferentes ocasiones. Siente un ansia inmensa de reunirse contigo. Ella lo necesita también. Y lo comprendo...

Tras un lapso de silencio dijo Gordon:

—Comienzo ya a sentir apetito, ganas de cenar.

—No seas bárbaro. Todo llegará por sus pasos. Debes hacer la digestión de lo que terminas de comer. Medida higiénica, ¿no? —preguntó con irónico humor la mujer valia.

—Sí, tienes razón, pero...

—Todo lo más que puedo hacer es adelantar la cena eso que en la Tierra llamáis media hora.

—No es mucho, pero algo es algo...

—No te quemes antes de tiempo, muchacho. Procura no defraudarla. No puedes ignorar la importancia que este primer reencuentro vuestro puede tener en vuestro futuro.

—No lo ignoro... Y procuraré mostrarme normal...

—Será lo mejor... Te voy a ayudar un poco permitiendo que salgas a uno de nuestros parques y a que pasees por él. Debes ir habituándote.

—Gracias.

—Una recomendación. No abandones el parque. Aquí no hay cercas ni vallas y si las hubiera las podrías salvar fácilmente. Conocerás el límite del parque porque es en donde termina el arbolado.

—Está bien. No lo abandonaré.

—¿No preguntas los motivos?

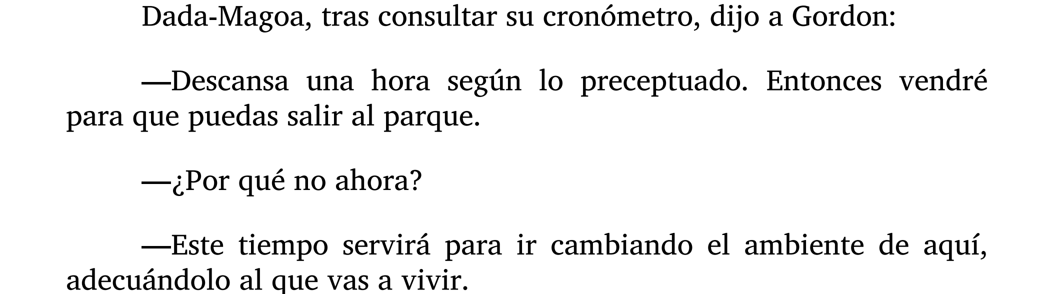
—¿Para qué? Supongo que los tendréis.

—No lo sé. Pero parece que a la gente que dirige le gusta siempre prohibir algo.

—Sí. De alguna manera tienen que hacer sentir su posición de privilegio sobre los demás. Particularmente en lo que es su gestión específica de dirección, cosechan fracasos grandes, muy grandes.

—Estamos de acuerdo. Sin embargo, no es correcto que nos manifestemos así...

—No acusamos a nadie en particular. Señalamos un mal general.



Dada-Magoa, tras consultar su cronómetro, dijo a Gordon:

—Descansa una hora según lo preceptuado. Entonces vendré para que puedas salir al parque.

—¿Por qué no ahora?

—Este tiempo servirá para ir cambiando el ambiente de aquí, adecuándolo al que vas a vivir.

—¿Quieres decir que no volveré a este lugar?

—No, no volverás. Cuando termines tu paseo por el parque tendrás dispuesto lo que debe ser tu alojamiento futuro. Y no preguntes más.

Se marchó la valia, dando la impresión de que se deslizaba en lugar de andar.

Al quedarse solo intuyó Gordon que lo sometían a un lento proceso de adaptabilidad a la presión de Torio, diferente a la de la Tierra, proceso que se había iniciado ya y que llegaba a su última fase.

Gracias a ello y a su preparación apenas si experimentó alguna ligera molestia.

Y cuando transcurrida la hora señalada por Dada-Magoa, volvió ésta, el astronauta se encontraba en casi perfectas condiciones.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor de lo que se podía suponer…

—Sí, nos hemos dado cuenta de ello. Así puedo cumplir lo prometido. Podrás salir.

—¿Y Terry?

—No soy quien ha controlado su reacción ante el proceso de adaptabilidad, Pero puedo asegurarte que estará dispuesta para la hora de la cena. Y también que he adelantado la cosa en media hora, según lo prometido.

—Gracias, Dada-Magoa.

—No tienes por qué dármelas. En Torio soy algo así como tu madrina, tu veladora. —Suspiró y dijo a continuación—: De verdad

que envidio a esa chica. Me gustaría poder estar en su lugar.

Era sincera la valia. Hasta el punto de que Paul no encontró una respuesta adecuada para darle.

Dada-Magoa prosiguió diciendo:

—Pero yo tengo muchos años, demasiados. Bastantes más de los que puedes imaginar. Yo, y otros y otras dé los que verás en Torio, de los que conociste en la Tierra procedentes de Valió, mantenemos una apariencia de í dad indefinida gracias a que hemos podido detener nuestro proceso de envejecimiento. Que no es lo mismo que rejuvenecer, ¿comprendes?

—Comprendo. Terry y yo iremos envejeciendo de manera normal, ¿no?

—No. ¿Para qué? Os mantendremos tal como estáis, ¿1 menos, por ahora. Si algún día regresáis a la Tierra llegaréis a ella, prácticamente, tal como erais a vuestra salida.

—Puede ser interesante...

—Una vez allí seréis vosotros los que podréis elegir en el caso de que seáis capaces de detener vuestro proceso de envejecimiento.

—Puede que allí hayan logrado algo en ese sentido, ruando nosotros salimos, lo que se había conseguido era muy poco. Aunque se explotaba bien. Resultaba bastante caro —dijo Gordon en tono irónico.

Mientras hablaban habían abandonado toda una serie de estancias que iban resultando mejor amuebladas y más confortables a medida que avanzaban.

Al llegar a una especie de *hall* dijo Dada-Magoa:

—Allí tienes el parque. Yo me quedo aquí de momento. Si es necesario, ya te buscaría. Aunque no creo que te extravíes.

CAPÍTULO IV

Paul Gordon no fue capaz de evitar una profunda emoción al verse en un parque, en plena vegetación, en libertad y respirando un aire puro, natural, muy semejante al de la Tierra.

Como también había bastante semejanza en la vegetación, árboles, arbustos y simples plantas de flores de brillantes colores.

La temperatura era agradable debido a una fresca brisa que mecía las masas de verdes y vivos colores que le rodeaban.

Había una especie de lejano sol.

- todo indicaba que un par de horas antes debía hacer calor, bastante calor.

Pudo ver algunas fuentes sencillas y que tal vez por su primitiva sencillez resultaban ornamentales.

- estrechos canales por donde discurría el agua que servía para irrigar el magnífico parque.

Las sendas del parque estaban exentas de artificios, eran

naturales, de simple tierra endurecida por el ir y venir de las gentes, aunque en aquel momento Gordon iba en solitario hasta el punto de sentirse un poco dueño de tanta belleza.

Todo lo que le rodeaba estaba bien lejos de los inhóspitos paisajes que conocía de sus aventuras espaciales dentro del sistema solar, particularmente de la Luna, en la cual había puesto pie; o de Marte, del cual había estado cerca, muy cerca, hasta el punto de que había faltado muy poco para que quedara apresado en él.

Llevaba Paul unos veinte minutos paseando cuando llegó por uno de los puntos a un extremo del parque.

Fue disciplinado y se detuvo.

El parque estaba limitado en aquel lugar por un camino bien construido.

- más allá del camino se extendían campos de cultivo.

Lo que más sorprendió al joven astronauta fue ver que en uno de los campos se trabajaba en la recolección de un cereal que ya conocía y que era muy semejante al trigo.

Sin embargo, no fue capaz de ver un solo ser vivo, un ser humano en todo el campo.

Trabajaban las máquinas; y lo hacían en silencio y con gran eficacia, según Paul pudo constatar.

—Deben estar dirigidas por control remoto.

El espectáculo que en principio le asombró, no dejó de ser muy pronto para el joven algo monótono.

- volvió sobre sus pasos para adentrarse en el parque, buscando sendas diferentes a aquellas por las que había ido hasta entonces.

Recordó a Terry.

—¿Qué será de ella? ¿Y si estuviera también paseando en este inmenso parque?

Semejante idea le hizo caminar más de prisa, buscando zonas en donde la visibilidad fuese mejor.

Porque si Terry estaba en el parque ella también le estaría buscando.

A Paul le pareció sentir la presencia de la mujer hasta el punto de que comenzó a temblar.

Oyó un lejano silbido, al cual siguió una voz. Era la voz de Terry, que le llamaba.

Emergiendo muy por encima de un macizo de verdura, descubrió un árbol que destacaba solitario por su altura.

- entre las ramas del árbol descubrió a Terry que agitaba uno de sus brazos para llamar la atención.

Experimentó Paul una alegría extraordinaria, una profunda emoción que por el momento lo paralizó.

Seguidamente correspondió a la señal que Terry le había hecho, agitando asimismo uno de sus brazos en el aire para hacerle saber que la había visto.

La atractiva rubia, al aceptar la señal de Paul y deducir por ella que había sido descubierta ya, inició su descenso del árbol.

- Gordon, antes de que ella desapareciese de su vista, echó a correr, olvidándose de senderos, marchando en línea recta, saltando fácilmente plantas y arbustos que se oponían a su paso.

Llegó al pie del árbol en el momento en que la sugestiva astronauta se dejaba caer de la rama más baja posando ambos pies en el suelo.

- sin decir una palabra se arrojaron el uno en brazos del otro.

Permanecieron abrazados, inmóviles, durante más de dos minutos.

Gordon, que mantenía hundida su nariz entre los rubios cabellos de ella, apartó su rostro un momento para buscar, la boca de Terry.

- se besaron apasionadamente, sin decir una sola palabra.

Al fin dijo él:

—Me parece imposible...

—He preguntado siempre por ti. Te necesitaba, te necesito...

—Te quiero.

—A veces he pensado que iba a estallar —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo nos han tenido separados?

—¿Qué importa el tiempo? Ahora, para nosotros, no existe. Estamos juntos y es eso lo que importa.

Volvieron a besarse. Terry gimió débilmente.

—¿Qué sucede? No quiero hacerte daño...

—No me haces daño. Es que te necesito muy cerca...

La rubia mordió en el lóbulo de una de las orejas de Paul, el cual se estremeció.

—Estamos tan lejos de todo lo nuestro —dijo la sugestiva astronauta.

—Pero nos tenemos el uno al otro. Es lo que importa. A veces hemos soñado con algo semejante. Quedarnos solos en un mundo desconocido.

—Es cierto. La gente en la Tierra resulta bastante entrometida, molesta. Y en ocasiones es difícil encontrar un rincón en donde estar solos —respondió Terry.

La chica se ciñó a él y dijo en tono prometedor:

—En mi paseo he visto un pabellón solitario. Allí se debe estar bien, tiene que ser encantador. Y no está lejos.

—Pues vamos allá...

Los dos jóvenes caminaron, prendidos de la cintura, siendo Terry la que dirigía.

—¿Cómo te han tratado? —preguntó él.

—Bien. Pero me aburría... ¿Qué diablos les ocurre?

—Son viejos, aunque han sido capaces de detener el proceso de vejez.

—Viejos y estériles.

—Eso parece.

—¿Qué pretenden de nosotros?

—No lo sé aún. No he visto un solo joven. He visto cómo trabajan sus máquinas en el campo dirigidas seguramente por control remoto.

—Parece que sus cosechas son abundantes. E ignoro para qué las quieren. Ellos no son demasiados…

Habían llegado los dos jóvenes a la vista del pabellón de que Terry había hablado.

La joven se soltó del brazo de Paul y echó a correr delante, perseguida por él.

Rieron alegremente. Se sentían felices.

Fue Terry la primera en entrar, seguida inmediata mente por Paul, el cual la enlazó por la cintura.

El lugar resultaba acogedor.

Y Paul pensó que los valios querían tenerlos contentos. Y se preguntó una vez más:

«¿Qué diablos querrán de nosotros?»

No cesaba la acción, aunque sin dejar de pensar.

Rodaron Terry y él.

Luego se contemplaron un momento; y volvieron a abrazarse fuertemente, a besarse con pasión.

* * *

Los dos astronautas no vieron a nadie. Sin embargo, encontraron la cena servida en el mismo pabellón.

—Tienen todo prácticamente automatizado —comentó Terry.

—Sí. Sus adelantos son superiores a los nuestros. Y la prueba es que ellos llegaron hasta la Tierra mientras nosotros no habíamos logrado salir de nuestro sistema solar.

—Sus adelantos son superiores a los nuestros. Sin embargo, nos necesitan. Y no por nuestros adelantos, sino a «nosotros», a los seres vivos.

—Cierto —admitió Paul.

Los dos jóvenes esperaban ver a Dada Magoa; pero en vista de que ella no hacía acto de presencia, decidieron quedarse en el mismo pabellón a dormir. Había anochecido ya.

Fueron despertados a la mañana siguiente a la misma hora que anteriormente.

No tardaron en dejarse ver Dada-Magoa y un médico llamado Tao-Bing, el cual se había preocupado de atender a Terry desde la llegada de ésta a Torio, desempeñando cerca de ella un papel semejante al de Dada cerca de Paul.

Al verlos llegar dijo Paul a su acompañante:

—Pienso que se va acercando la hora de la verdad.

—Cada hora trae su verdad —respondió Terry—, Y la nuestra está ahí. Temo que vienen a romper nuestra felicidad.

Gordon se encogió de hombros. Y preguntó:

—¿Y qué podemos hacer? ¿Volver a la Tierra?

—Si ellos no quieren, es imposible. ¿Para qué vamos a pensar en ello?

Guardaron silencio. Pensaban.

Estaban convencidos de que por el momento, la única posibilidad de regresar a su mundo estaba en manos de los valios. Debían ganársela, sirviéndolos en la medida que los pudiesen necesitar.

Dada-Magoa sonreía levemente. Tao-Bing permanecía serio.

Y fue la primera la que hizo la presentación del segundo a Gordon.

Seguidamente preguntó Dada:

—¿Satisfechos? ¿Estáis bien instalados?

—Perfectamente.

—¿El desayuno?

—No hay pero que ponerle.

—En cuanto al servicio, habréis observado que es sumamente discreto —bromeó Dada, aludiendo a la automatización de los servicios.

—Francamente discreto. No ha molestado para nada —respondió Paul, siguiendo la línea de humor empleada por la valia.

Prácticamente sin una frase de transición, preguntó Dada a Gordon:

—¿Viste trabajar a nuestras máquinas agrícolas?

—No me parecieron máquinas, sino auténticos seres mecánicos, dotados de cerebro.

Dada interrumpió con viveza para decir:

— ¡No volveremos a caer en esa trampa! Son simples máquinas accionadas por controles remotos…

—¿Quieres decir que lograsteis auténticos seres mecánicos y que se rebelaron?

—Exactamente.

—Y os habéis librado de ellos.

—Aunque aún no has visto nada, tú presientes, mejor dicho, sabes que no. Y que necesitamos de seres como vosotros para que nos libréis de ellos.

—Pero vosotros poseéis unos adelantos superiores a los nuestros. Si no habéis sido capaces de vencerles, ¿qué podemos hacer nosotros?

La pregunta de Gordon no sorprendió a Dada, la cual respondió:

—Antes de darte una contestación, deseamos que conozcáis a nuestra juventud. Aunque en realidad no todos son jóvenes. Vais a encontraros con tres, casi cuatro generaciones...

—¿De seres humanos? ¿Como vosotros? — preguntó Terry, sorprendida.

—Ya juzgaréis —intervino Tao-Bing con enigmática expresión.

Entre Terry y Paul se cambiaron miradas que reflejaban perplejidad.

- Dada resolvió diciendo:

—Será mejor que nos pongamos en camino. Cuando hayáis vuelto, os responderemos. Porque preguntaréis cosas...

—Si tú lo dices...

—Estoy segura de ello. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Salieron al exterior los dos terrícolas, Dada-Magoa y Tao-Bing.

Les aguardaba un vehículo sencillo en el cual, a indicación de Dada, se acomodaron.

Se dieron cuenta tanto Terry como Gordon de que no llevaba ningún mecanismo de mando, de dirección.

- Dada aclaró:

—No son necesarios. Basta el pensamiento para dirigirlos. Sólo necesito llevar este pequeño transformador en una de mis manos.

Al hablar mostró un minúsculo aparato que sacó de un bolso. Y dijo aún:

—Transforma el pensamiento en energía activa.

Con gran asombro por parte de los dos jóvenes, a una orden mental de la valia el vehículo se puso en marcha a una velocidad no superior a las cincuenta millas hora.

—No hay por qué correr. Vivimos en una isla y ésta no es demasiado grande —aclaró la mujer.

CAPÍTULO V

La vista del agua, mejor dicho, de una gran masa de agua cuyos límites no se columbraban, no asombró ni a Terry ni a Paul tras el anuncio que Dada les había hecho. Vivían en una isla.

A una orden de la mujer valia, el vehículo se detuvo cerca de la orilla, en una especie de playa.

Y fue Dada la primera en echar pie a tierra sin dar ocasión a Paul a que la ayudase.

Ella, lo mismo que Tao-Bing, querían dar muestras de agilidad, de que eran capaces de valerse bien por sí mismos.

Dada indicó a los jóvenes con un simple ademán que debían seguirla. Y en lugar de avanzar hacia el agua en línea recta, se dirigió hacia una especie de plataforma rocosa.

—Esto podría convertirse en un puerto de pescadores... Si pensáramos que la pesca debía entrar en nuestra dieta —dijo Dada en tono humorístico en el cual se podía notar un fondo de amargura.

—Un puerto con una base natural muy interesante —dijo Gordon.

Terry permanecía silenciosa, segura de que iban a ver algo sorprendente.

Fue Dada la primera en llegar a la orilla inmediatamente seguida por Terry y Gordon.

Tao-Bing se había quedado voluntariamente rezagado.

Apenas las sombras de los dos terrestres y de la mujer valia se proyectaron en el agua, se escucharon como una especie de chapuzones.

- cuando ellos asomaron a la orilla de unas rocas que parecían cortadas a pico, fueron ya testigos visuales del sorprendente espectáculo.

Varios seres se alejaban de la orilla nadando hacia el interior de aquella especie de mar.

Eran mamíferos que vivían en el líquido elemento y que tenían bastante más de seres humanos que de peces.

Se distinguían perfectamente los machos de las hembras. Y los dos jóvenes astronautas pudieron apreciar que éstas eran bellísimas.

Una de ellas se detuvo un momento con la cabeza fuera del agua para observar a los recién llegados.

—¡Fíjate en eso, Terry! —dijo Gordon sin poder contenerse.

La hembra a que se refería tenía largos cabellos rubios y la semejanza de su rostro con el de Terry era notable.

La chica experimentó una especie de escalofrío.

- preguntó a Dada:

—¿No estoy viviendo una pesadilla? No soy yo, ¿verdad?

—Puedes estar tranquila. No eres tú... —Luego añadió—: ¿Lo vais teniendo claro? Esa es nuestra juventud...

—¿Cómo han podido llegar a este estado? Porque son vuestros descendientes —señaló Gordon.

—Se trata de un fenómeno de regresión propiciado por una serie de circunstancias de las que hablaremos más tarde.

—¿No salen jamás del agua? —preguntó Terry.

—Salen raramente. Y cuando lo hacen es por poco tiempo y solamente en las orillas de esta isla.

—¿A qué tienen miedo?

—¿Y quién lo sabe? Tal vez a nuestras máquinas. Quizá a nosotros mismos. Ya no hablan. Se entienden entre ellos por medio de sonidos que difieren mucho de cualquiera de los idiomas que conocemos.

—¿No hacéis nada por entenderlos?

—Estamos tratando de establecer un código con esos sonidos. Para ello se logran grabaciones bastante buenas... Pero no es fácil.

Tras semejante aclaración dijo en tono patético:

—¡Hay que sacarlos de ahí antes de que se conviertan en pequeñas ballenas, o en focas...! Os nombro estos animales puesto que los tenéis en la Tierra.

—Sí, las ballenas son prácticamente piezas de museo en la Tierra. Se abusó tanto de su captura que nos quedamos prácticamente sin ellas. Y ahora han de estar seriamente protegidas —informó Gordon a Dada-Magoa.

—Vosotros debéis evitar que las ballenas desaparezcan. Nosotros debemos evitar que nuestros descendientes se conviertan en una especie de hermosas y pequeñas ballenas.

—¿Acaso vuestra juventud no cabía en la isla? Ya sé que es pequeña, pero no tanto como para no poder alojarlos.

—Fue algo más grave y complicado. Primero tuvimos que luchar contra las agresivas plantas carnívoras que nos diezmaron de forma notable. Luego se produjo la rebelión de nuestros robots.

—No te referirás a esas máquinas que he visto trabajar vuestros campos.

—No. Me refiero a auténticos seres mecánicos, dotados de un rudimentario cerebro, pero cerebro a fin de cuentas.

—Y no habéis podido terminar con esos robots, aunque estén confinados de la isla.

—No hemos podido terminar con ellos. Únicamente , a los que se hallaban en la isla pudimos vencer.

—¿En dónde están ellos?

—Se pueden haber extendido por todo el resto del planeta...

—¿Tantos teníais?

—Un verdadero ejército. Ellos poseen armas, aunque no en cantidad suficiente como para poder inquietarnos aquí.

—Y no están capacitados para fabricarlas.

—Afortunadamente, no. Ya te he dicho que sus cerebros son muy rudimentarios.

Intervino Tao-Bing para decir:

—Tan rudimentarios que no les queda más que un poco de luz para odiarnos.

—¿Por qué os odian?

—Tal vez se abusó de ellos, se les exigió demasiado sacrificio y escasas compensaciones —dijo Dada.

Volvió a intervenir Bing para decir:

—Ellos llegaron a llevar el peso de la lucha contra las plantas carnívoras.

—Nosotros les habíamos dado un aliento casi humano. Pero nuestros dirigentes de entonces no los comprendían y no supieron tratarlos tal como ellos hubieran querido con arreglo a lo que eran.

—¿Y no habéis intentado posteriormente hacer las paces con ellos? Porque se deduce que ha habido un cambio profundo en vuestra dirección.

—Hemos intentado todo, pero no quieren escucharnos. Aparte lo peligroso que es llegar al reino de las plantas carnívoras en donde están ellos, es que no quieren escucharnos siquiera —informó Dada.

—Varias de nuestras embajadas han sido destrozadas entre unos y otros —informó Tao-Bing.

Los dos jóvenes astronautas, mientras conversaban con los valios, no dejaban de observar a los pobladores del agua, a los cuales la curiosidad mantenía a una distancia desde la que podían ver y ser vistos.

—¿Hay un acuerdo entre las plantas carnívoras y los robots?

—Cuando se rebelaron los robots habían logrado establecer una tregua con las plantas carnívoras. Luego han establecido (a lo que sabemos) unas reglas de convivencia que mantienen —informó Dada.

—Entre las reglas de convivencia parece que existe el acuerdo de entregamos a los seres vivos que vayamos allá, en el caso de que logremos mantenernos lejos de las plantas carnívoras, lo cual no es fácil.

Tao Bing señaló en su rostro un gesto de pesimismo. Y otro tanto sucedía con Dada-Magoa.

Y los cuatro seres se mantuvieron silenciosos, atentos a las evoluciones de los habitantes del agua, los cuales habían iniciado toda una serie de graciosas cabriolas, rivalizando en ello tanto las hembras como los machos.

—Parece que habéis interesado a los jóvenes —observó Dada-Magoa—. Eso no lo hacen jamás a nuestra visita.

Terry se acercó más a la orilla, sentándose en la roca. Luego se descalzó e introdujo los pies en el agua.

—Está a una temperatura agradable, muy agradable. ¿Es salada?

—No. Esto es una especie de lago que recibe agua de varios ríos y la vierte luego al mar tras un último recorrido de tres millas, aproximadamente.

—¿Las plantas carnívoras no tienen posibilidad de llegar hasta aquí?

—Tienen ciertas posibilidades. Pero hay una vigilancia extrema entre nosotros y tan pronto se descubre una, se la extirpa sin contemplaciones, sin dejar ocasión a que lleguen a formar colonia.

—¿Cómo llegan hasta aquí?

—Por el aire, en la época de los vientos. Llegan semillas, aunque

arraigan con facilidad.

—¿Y no se propagan por el agua?

—No. El exceso de agua las perjudica, las mata, es algo comprobado. Y no han sido capaces de adaptarse.

Señaló Dada, para los habitantes del lago y prosiguió diciendo:

—Porque ellos les tienen un miedo terrible y huirían, no intentarían acercarse para destrozarlas, para aniquilarlas.

Terry preguntó:

—¿Si me adentrase en el agua, me atacarían? Soy una buena nadadora.

—No creo que te atacasen para destrozarte. Pero te podrían destrozar en su afán de homenajearte. Piensa que están muy cerca aún del ser humano. Y que los machos te podrían considerar una atractiva compañera...

—Y las hembras podrían sentir celos, ¿no es eso?

—Cabe en lo posible. Porque, hay que ver cómo rivalizan con los machos en sus exhibiciones. No hay duda que les habéis gustado —señaló Dada con gracia no exenta de malicia.

—En tal caso, no probaré de momento...

Gordon, que permanecía silencioso, preguntó tras reflexionar

—¿Con qué medios contáis para combatir, tanto a los robots como a las plantas carnívoras? Porque es lo que pretendéis que hagamos nosotros: libraros de unos y de otras.

—Exactamente.

—¿Y bien?

La expresión de Dada, así como la de Tao-Bing, resultaron desoladoras.

—Pocos medios, muy pocos...

Los dos astronautas se sintieron sorprendidos. Y fue Terry la que intervino para decir:

—Pero vosotros poseéis adelantos muy superiores a los que conocemos en la Tierra.

—Después de la catástrofe que sufrimos en Torio con nuestra última guerra, acudimos al desarme como uno de los mejores medios de rehacernos. Y destruimos los *stocks* de armas que nos quedaban.

—¿Es que no reservasteis ni siquiera lo necesario para guardar el orden entre vosotros?

—No era necesario. A pesar de ello se reservó algo, muy poco. Pero aun eso quedó destrozado cuando hubimos de abandonar Torio para venir a Valió.

—Aquí habéis construido, debéis tener una industria. Primero los robots, luego esas perfectas máquinas que hacen vuestro trabajo...

—Nuestros ingenieros en armamento cayeron en la lucha contra los robots. Fueron las primeras víctimas inmoladas cuando la rebelión. Luego nos hemos debatido en una especie de círculo vicioso, al fallarnos la juventud. Los que quedamos carecemos ya de capacidad creadora, de preparación, para determinadas empresas...

—¿Y qué pretendéis? ¿Qué destruyamos a los robots con los dedos? ¿Y a las plantas carnívoras? ¿Pretendéis que convenzamos a unos para que se sometan y a otras para que cambien de régimen alimenticio?

Terry no pudo evitar la risa.

Y los dos valios se sintieron más y más desconcertados.

La primera en reaccionar fue Dada, que dijo:

—No lo debes tomar abroma.

—No lo tomo a broma, ¿Piensas que no siento ya casi como mío el problema de esos seres que están en el agua, que no son capaces de salir de ella, cuando debieran vivir como nosotros? Aún son seres humanos. Sienten como nosotros. ¿No lo ves tú misma?

—Lo veo y lo siento. Por eso tratamos de comprometeros en la empresa de sacarlos de ahí.

Tao-Bing intervino para decir:

—Tenemos algunas embarcaciones armadas. Pero ni aun siendo

anfibias servirían con absoluta eficacia...

—¿Por qué?

—Desde el agua se les puede sorprender, y aniquilar algunas plantas; con los robots no podemos. Nos vigilan y huyen cuando ven que nos acercamos... —dijo Tao- Bing.

—¿Y no habéis intentado un desembarco con la protección de las embarcaciones?

—Ni aun siendo las embarcaciones anfibias. Las plantas carnívoras nos envolverían, inutilizarían las embarcaciones antes de que terminásemos con ellas. Y entonces sería nuestro fin.

—¿Tienen armas los robots?

—Sí. Pero son eficaces únicamente en lucha de cerca. De lo contrario nos habrían aniquilado.

—Vamos a ver. ¿No tenéis por ahí alguna pieza de museo olvidada? ¿Algo que pueda servirnos? Aunque lo tengamos que reconstruir. Si tenéis una industria y gente capaz de construir siguiendo directrices nuestras...

—¿Quieres decir que serías capaz de aprovechar algún trasto de los que consideramos inservibles? ¿Y cuyo manejo incluso desconocemos? —preguntó Tao-Bing.

—Hay que intentarlo, ¿no? Porque sacarnos de la Tierra para consumirnos aquí con vosotros de manera tonta, me parece absurdo.

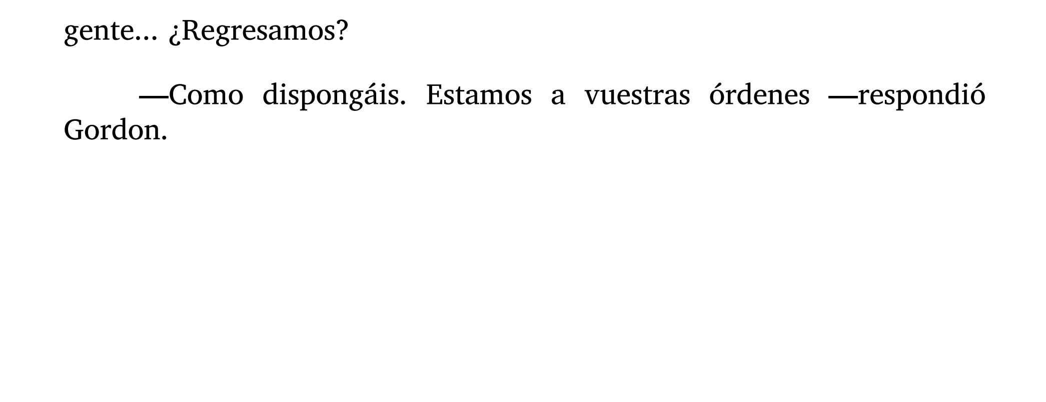
—Me gusta la idea —dijo Dada.

—Debéis pensar que vuestros trastos viejos pueden estar a la altura de la técnica al día en la Tierra cuando nosotros la abandonamos. Y en tal caso la cosa no resultará tan difícil como parece ahora.

—Si lográis algo positivo seréis los dueños de Torio.

—Con todo lo bueno que poseéis, pienso que preferimos volver a nuestra Tierra. Allí no se vive mal del todo, en particular, después de haber terminado con el gran problema de la contaminación. Que no fue nada fácil.

—Lo sabemos. Recibimos informes en ese sentido de nuestra



gente… ¿Regresamos?

—Como dispongáis. Estamos a vuestras órdenes —respondió Gordon.

CAPÍTULO VI

Al alejarse de la orilla del lago en el vehículo, pudieron ver los dos astronautas que los extraños habitantes del lago se acercaban a las rocas hasta trepar a ellas para verlos marchar.

—Esa reacción me ha gustado —apuntó Dada-Magoa.

—Sí. Da esperanzas de que desean volver a vuestro medio ambiente, abandonando el agua.

—Por el momento me conformaría con que cesase en ellos ese movimiento de regresión que se operó —señaló Tao-Bing.

—El hecho de que se hayan interesado por Terry y por Paul puede significar mucho —dijo Dada. A continuación preguntó a los dos astronautas—: ¿Deseáis regresar a vuestra casa para descansar, o vamos a nuestro museo para que entréis en contacto con nuestros artilugios?

Paul preguntó en tono de broma:

—¿Es que podemos decidir?

Dada, tras carraspear, dijo:

—Hasta cierto punto, sí. Aunque no debemos olvidar vuestra preparación. No conviene descuidarla y menos, en esta fase de adaptación vuestra al medio natural de Torio.

—Parece que estamos bien adaptados. Por otra parte, la preparación que debemos seguir no tiene que llegar a aburrirnos, a producirnos cansancio psíquico —alegó Terry.

—Pretendemos vivir, aunque sólo sea a ratos —añadió Gordon a lo que Terry había expresado.

Tanto Dada como Tao-Bing, rieron.

Terry tuvo la audacia de decir:

—¿La anterior dirección vuestra no habrá llegado a cansar a vuestros jóvenes interviniendo demasiado en sus vidas?

—¿Cómo se te ocurre eso?

—Porque también en la Tierra está sucediendo. O al menos, sucedía cuando salimos de ella —informó Terry.

—¿Quieres decir…? —comenzó a preguntar Dada.

—Se habían impuesto los tecnócratas, impulsados y bien retribuidos por los financieros, los políticos y los economistas… Y era como si nos programasen al nacer. Y teníamos que seguir el camino trazado.

—¿No os rebelabais?

—Sí, permitían que nos rebelásemos. Pero entonces te dejaban caer y quedabas prácticamente anulado. Ibas al grupo de los «don nadie»… —dijo Gordon no sin ironía.

—Teníamos unas normas de vida preestablecidas. Malo era seguirlas, porque te deshumanizan. Pero tal vez era peor no seguirlas, rebelarte…

Tras un lapso de silencio dijo Tao-Bing:

—Esa fue también una de las faltas graves de nuestra anterior dirección en Torio. Algo imperdonable tras las fracasos de Valió. Porque nuestras desdichas parten del mal aprovechamiento del

desarrollo tecnológico, con olvido casi absoluto de los valores humanos.

Guardaron silencio los dos valios al darse cuenta de que tanto Terry como Paul se habían entregado a la contemplación del trabajo de las máquinas en el campo.

—Parece que la cosecha es abundante —observó el joven astronauta.

—Sí, lo es. Ahora cuidamos nuestra agricultura y nuestra ganadería como nunca.

—Pero no creo que consumáis todo lo que producís.

—Parte de nuestras cosechas van a una reserva. Otra parte va al lago, para alimentar, digamos a nuestros descendientes. Es algo que los liga aún, a nosotros.

—Es una buena medida.

—Por otra parte, el lago no les daría suficiente alimento. Y eso les podría impulsar hacia el mar. Algo que pretendemos evitar.

A uno de los lados del parque que tanto Terry como Paul conocían existía una superficie ocupada por cuidados jardines.

Y en el centro de la misma se alzaba un edificio de sencilla y graciosa arquitectura, constituido por naves muy amplias.

Tao-Bing informó a los dos jóvenes terrestres:

—Ahí encontraréis lo que necesitamos.

—Eso espero. Porque yo no soy inventor —dijo Paul. Seguidamente preguntó—: ¿Cuál es el mantenimiento de los robots para poder conservarse en condiciones de actuar durante tanto tiempo, sin desgaste?

—Disponen de petróleo y algunas grasas vegetales con las cuales evitan lo que podría ser su más grave enfermedad: la oxidación.

—¿Quieres decir que la base de la constitución de ellos es el metal?

—Sí, un metal muy resistente, muy tenaz, que necesita temperaturas por encima de los trescientos grados centígrados para su


fusión. Te hablo de grados centígrados porque es como mejor me podrás entender.

—Te lo agradezco.

—Por lo tanto solamente en unos «altos hornos» especiales se podría conseguir fundirlos.

—No había pensado en el fuego. Suponía que se necesitaría una gran concentración de calor que no es fácil de lograr estando ellos en libertad.

Intervino Terry para decir:

—¿Por qué no provocar su «oxidación»?

—El proceso de oxidación es lento. Y ellos disponen de grasas suficientes para evitarlo.

—¿Aun sometiéndolos a la acción del vapor? Tendrán puntos que no serán fáciles de engrasar. Y puede comenzar la oxidación por ellos.

Dada movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Ese procedimiento se probó cuando quedaban aún algunos de ellos en la isla y no resultaban fáciles de capturar. No tuvo éxito.

—¿Averías?

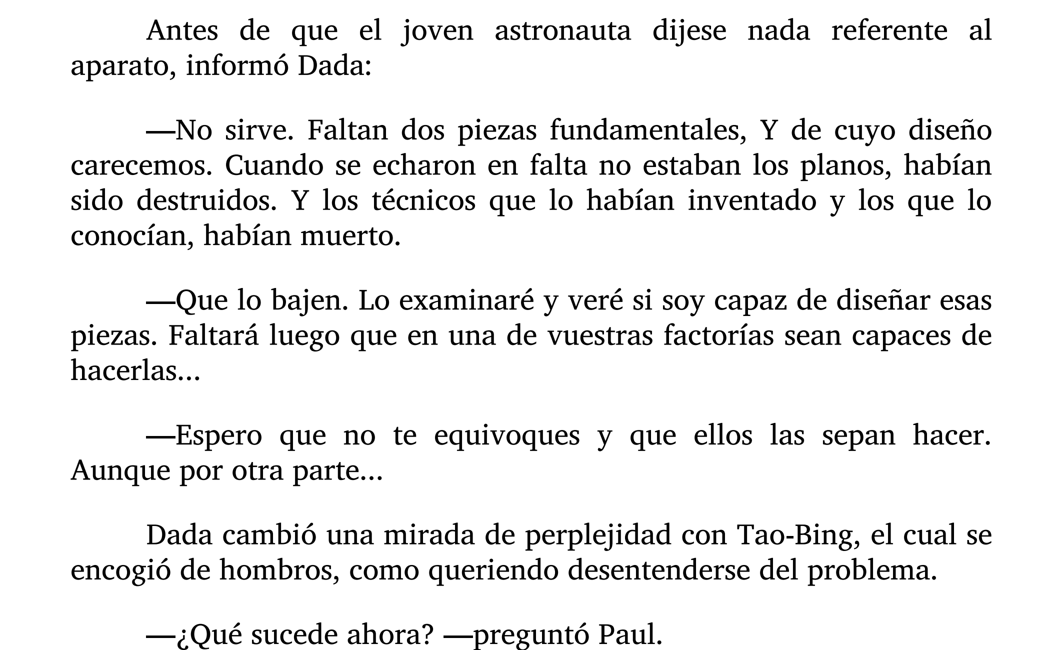
—Ninguna. Fue un logro de tal perfección que por eso se han podido convertir en nuestros más terribles enemigos.

El vehículo se había detenido ante la entrada principal al museo.

Y los cuatro personajes descendieron, para, conducidos por Dada, penetrar en la sala que más les podía interesar a los dos jóvenes terrestres.

Estos experimentaron no poco asombro ante aparatos a los cuales los seres de Valió consideraban ya en desuso, como auténticas piezas de museo.

Después de examinar proyectiles dirigidos, pequeños helicópteros individuales y aviones de dos plazas, la mirada crítica de Paul se fijó en un pequeño avión de planos muy cortos, cuerpo poderoso y la propulsión del cual se debía a unos pequeños reactores.



Antes de que el joven astronauta dijese nada referente al aparato, informó Dada:

—No sirve. Faltan dos piezas fundamentales, Y de cuyo diseño carecemos. Cuando se echaron en falta no estaban los planos, habían sido destruidos. Y los técnicos que lo habían inventado y los que lo conocían, habían muerto.

—Que lo bajen. Lo examinaré y veré si soy capaz de diseñar esas piezas. Faltará luego que en una de vuestras factorías sean capaces de hacerlas...

—Espero que no te equivoques y que ellos las sepan hacer. Aunque por otra parte...

Dada cambió una mirada de perplejidad con Tao-Bing, el cual se encogió de hombros, como queriendo desentenderse del problema.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Paul.

Terry dijo a su vez;

—Tened en cuenta que vamos a luchar para vosotros. A fin de cuentas el problema es vuestro. Aunque también a mí me ha afectado ver a esos seres viviendo en un ambiente que no debe ser el de ellos, corriendo el grave riesgo de hundirse para siempre en una vida de bestias.

—No es que dudemos de vosotros. Sencillamente, he recordado que esos aparatos carecen de estabilidad en el aire. Son muy maniobreros pero sumamente peligrosos, tanto al despegar, como al tomar tierra...

—Eso no me preocupa. Hemos pilotado aparatos de ese tipo que ofrecían no menos dificultades que ése —replicó Terry, adelantándose a Paul que iba a decir algo semejante.

Tao-Bing intervino para decir:

—En el aire son maniobreros, muy maniobreros. Pero cuando entran en picado son muy difíciles de enderezar. Dos hermanos míos fueron víctimas de ellos. De eso hace ya mucho tiempo.

Paul se encogió de hombros y dijo:

—Estamos en guerra, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces no hay más que hablar. A menos que podáis ofrecerme algo más seguro y práctico a la vez.

Los dos valios se miraron. Y fue la mujer quien respondió :

—Aquí está todo lo que puede servir.

—Echaré un vistazo al resto, pero pienso que me quedaré con eso. ¿Qué opinas, Terry?

—Menos mal que te has acordado de mí... Pues pienso lo mismo que tú.

—¿Qué tipo de armamento llevaban estos cacharros?

—Llevaban y llevan. Son capaces de emitir unos rayos de gran poder destructivo.

Después de haber hablado, Dada se dirigid a Tao Bing para preguntarle:

—¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

Tao-Bing se encogió de hombros. El gesto era de resignación.

Y su respuesta resultó sorprendente para los dos jóvenes terrícolas. Dijo:

—Envejecemos, Dada. Sí, muy lentamente, pero envejecemos. Ya lo he observado en otros.

Dada miró a los dos astronautas con expresión angustiada y admitió:

—Es cierto, envejecemos aunque no queramos. Si antes no nos derrumbamos, algún día seremos meros robots de materia silícea hasta que lleguemos a la inmovilidad absoluta.

La mujer valia habló en un tono que puso una nota de escalofrío en los dos jóvenes.

—No podéis desaparecer mientras no hayáis cumplido vuestra misión de rescatar a vuestra descendencia del estado actual. Luego... —dijo Terry.

—Tienes razón. ¿Queréis ver eso?

—Es lo que aguardo —dijo Paul.

Dada dio órdenes valiéndose del mismo aparato que ya los dos terrestres conocían y que había empleado en el automóvil.

Lo hizo a media voz en un idioma que resultó extraño tanto a Paul como a Terry.

Siguió un lapso de silencio.

- al fin el aparato que interesaba a Paul en principio, comenzó a descender hasta el suelo como si fuese manejado por unas grandes manos invisibles.

Una vez en el suelo tanto Terry como Paul comenzaron a analizarlos detenidamente.

Hizo Paul varias preguntas a Dada.

- ésta, una vez hubo respondido, dio nuevas órdenes en el idioma valió.

A las órdenes siguió la proyección de unos rayos sobre el aparato, rayos que, sin necesidad de pantalla alguna, permitían ver el interior del pequeño avión, hasta su más nimio mecanismo.

Tras varios minutos de continuo examen emitió Gordon una especie de gruñido que reflejaba satisfacción.

—¿Lo tienes claro ya? —preguntó Terry.

—Completamente. Creo que sería capaz de diseñar esas piezas a ojos cerrados.

—No esperaba menos de ti —dijo la joven.

Gordon preguntó a continuación:

—¿Qué sucede con el otro aparato?

—Exactamente lo mismo.

—¿Qué hay de combustible?

—Reservas suficientes para dos mil horas de vuelo —dijo Dada

tras una breve consulta.

—¿Qué sucede con los rayos que producen las armas? —inquirió el joven Gordon.

—Exactamente eso, los producen. Para ello es suficiente unas determinadas cargas de las que también hay reserva —respondió Dada.

—¿Rayos desintegradores?

—Exactamente, rayos desintegradores. Antes de lanzarte con ellos al espacio puedes hacer unas pruebas en un polígono adecuado, con armas más pequeñas.

—No funden. Desintegran…

—Exactamente.

—¿Por duro que sea el metal que se ataque con ellos?

—Sí. Podrás efectuar pruebas con una aleación metálica más dura que la que sirve de base a nuestros rebeldes robots.

—¿No pensáis que el pequeño cerebro de ellos puede haber hecho una evolución positiva?

—No tiene posibilidad alguna en tal sentido. De lo contrario sería nuestro fin.

—Así pues, nuestros enemigos conocidos son los robots y los vegetales carnívoros.

—Sí. Esperamos que no haya ninguno más a tener en cuenta.

—Es de desear… En tal caso, manos al trabajo… Y a nuestra preparación. Para volar en estos cacharros vamos a necesitar de toda nuestra capacidad física y psíquica —dijo Paul, dirigiéndose principalmente a Terry.

Esta asintió con una sonrisa y un movimiento afirmativo de cabeza.

CAPÍTULO VII

Tanto a Terry como a Paul les causó no poco asombro el poder de los rayos desintegradores que lanzaban las armas que Tao-Bing les había proporcionado para hacer las pruebas en el polígono de tiro.

Pruebas que habían sido precedidas de una comprobación sobre la tenacidad del metal a desintegrar.

Tanto Dada-Magoa como Tao-Bing se sintieron satisfechos cuando captaron la expresión de asombro de los dos jóvenes astronautas de la Tierra.

—¿Contento? —preguntó la mujer valia a Gordon.

—Sinceramente, sí.

—No esperabas esa eficacia.

—Pensé que al tratarse de armas antiguas para vosotros, no serían tan rotundamente destructivas.

Terry intervino a su vez para decir:

—Cuando abandonamos la Tierra nuestras armas desintegradores eran prácticamente piezas de experimentación. Y no poseían la eficacia de las vuestras.

—Sí, lo sabíamos.

—De verdad me extraña que no las hayáis empleado vosotros.

Volvieron Tao-Bing y Dada-Magoa a cambiar miradas que reflejaban perplejidad.

El primero dijo:

—Ya os señalé antes que estamos envejeciendo. No seríamos capaces de tripular aparatos como ésos. Bastante hacemos con dirigir nuestros automatizados servicios.

—Pero vuestros jóvenes... Sí, esos que ahora están en el agua...

—Nuestros jóvenes recibieron una educación equivocada. A veces es difícil lograr el equilibrio entre pacifismo y agresividad justificada en caso de autodefensa —respondió Tao-Bing.

Gordon, tras un gesto de comprensión, dijo:

—Bien, ahora tenemos resuelto lo que se refiere a vuestros casi humanos robots. Pero ¿con qué vamos a atacar a las plantas carnívoras? Estos rayos, empleados contra ellas, van a tener una eficacia muy limitada. Particularmente por la facilidad con que ellas se reproducen según me habéis informado.

—Es algo en lo que he pensado ya y que me preocupa.

—¿Vuestras computadoras no os pueden dar una solución facilitándoles los datos pertinentes? —preguntó Terry.

—No. No hemos tenido ocasión de estudiar la composición química de esas plantas. Una vez desarraigadas y muertas, varían totalmente de naturaleza.

—Sin embargo, las semillas que llegan hasta aquí conservan las características.

—Sí. Pero arraigan y crecen con tal rapidez que no hemos podido lograr semilla alguna. Cuando las localizamos se han convertido ya en plantas. Y hay que aniquilarlas —respondió Tao-Bing.

Terry se dirigió a Paul para preguntarle:

—¿Has pensado en los ultrasonidos? Según ensayos que hice en

la Tierra con determinados vegetales y con algunos cobayos, pueden llegar a variar de naturaleza.

—¿Sabes que esa idea es buena? —aseguró Gordon.

Lo hizo en tono ligeramente, humorístico, provocando una graciosa reacción en Terry, que dijo contoneándose graciosamente:

—Parece que tengo algunas cosas más, bastante buenas. Al menos, es lo que me decían los chicos por allá...

Los dos valios rieron comprendiendo la intención de la atractiva rubia.

Y Tao-Bing dijo:

—A vuestro lado se siente uno más joven. ¿Por qué nuestros muchachos no habrían de ser como vosotros?

—Eso fue cosa vuestra —apunto Gordon en tono crítico.

—Es cierto.

—Bien, ¿qué tal andáis por aquí de aparatos emisores de ondas ultrasónicas? Espero que vuestra cultura y vuestra civilización estén lo bastante desarrolladas en este sentido como para que nos puedan servir a los propósitos que abrigamos.

—Sí, se pueden montar aparatos emisores de ultrasonidos en esos mismos aviones.

—Espero que no pesen demasiado y comprometan la relativa seguridad de vuelo y la capacidad de maniobra.

—Esperemos que no. A esa cuestión sí podrán responder nuestras computadoras si se les suministran los datos pertinentes, sin error.

—De acuerdo. En tal caso, no perdamos más tiempo. Quiero ponerme a trabajar cuanto antes.

—¿Te conviene que montemos vuestro estudio de trapajo aquí mismo? ¿O preferís que los aparatos sean llevados a otro lugar?

—Si no se puede montar el estudio en nuestra residencia o cerca de ella, este lugar puede ser tan bueno como otro cualquiera.

—¿No necesitas los aparatos para trabajar sobre ellos?

—No, tan pronto como tome unas notas. ¿Puedes dar la orden de que vuelvan a proyectar sobre ellos los rayos luminosos? Son semejantes a nuestros rayos X, pero mucho más perfectos.

Los dos valios no respondieron. Se limitaron a sonreí: Se sentían satisfechos de poder colaborar en algo que tanto les importaba. Y también de que los dos jóvenes astronautas se diesen cuenta de su auténtica valía.

Poco después, bajo la proyección de los rayos, Paul y Terry se pusieron a trabajar, tomando apuntes y medidas que deberían servir como base para la fabricación de las piezas que se necesitaban.

El joven Gordon llevó a cabo dos correcciones, dispuesto a sacar un mayor rendimiento a las pequeñas y maniobreras aeronaves.

Un computador acusó la corrección y Gordon hubo de explicar cuáles eran los motivos por los que las llevaba a cabo.

Los dos valios se sintieron un tanto deslumbrados por la capacidad técnica, por la madurez de pensamiento, tanto de Terry como de Paul, especialmente la de este último.

Tras unos días de absorbente trabajo, llegó el momento de las pruebas con los dos aviones, prueba que llevó a cabo Paul, primero con uno y luego con otro, aunque para ello se hubo de imponer a Terry, que deseaba probar personalmente el que debía tripular ella.

—Ya lo probarás cuando lo haya experimentado yo.

—¿Es que me consideras inferior a ti? ¿O es que pretendes protegerme por el mero hecho de que pertenezco al sexo femenino? —inquirió la rubia airadamente.

—No desquicies las cosas. No intento protegerte ni te considero técnicamente inferior a mí. Pero deberás reconocer que tienes menos experiencia...

—¿En manejar estos cacharros?

—En eso y en otras cosas. En la Tierra yo era un astronauta experimentado, con tres salidas, mientras tú no dejabas de ser una promesa, una buena aprendiza, pero nada más.

—Eres un engreído...

—Lo que tú digas, encanto.

El diálogo lo mantenían los dos jóvenes ante Dada, la cual sonreía mostrándose comprensiva y divertida a la vez.

Paul prosiguió, tras cambiar una mirada de inteligencia con la mujer valia:

—Y te prevengo una cosa. Si cuando yo esté en el aire intentas aprovechar para pilotar tú, te sentirás retenida por una fuerza invisible que no te permitirá actuar.

—No me digas... —replicó Terry.

Sin embargo, la atractiva rubia, tras mirar a Dada, se dio cuenta de que Paul no exageraba y que ocurriría lo que él decía.

—Si estuviese aquí Tao-Bing, no sucedería nada de eso. Y yo probaría mi aparato.

—No discutáis. Y adelante con la prueba, Paul —pidió Dada-Magoa.

Realizó la prueba primero con el que debía tripular él y a continuación con el que había sido asignado a Terry.

Hechas las pruebas hizo que se realizara una pequeña corrección en el segundo de los aparatos.

Fue cuando Terry comprendió que Paul había tenido sus razones para llevar las cosas como las había llevado.

Seguidamente, Terry por una parte y Paul por otra, realizaron cada cual una nueva prueba que resultó totalmente satisfactoria.

Sometida a las computadoras la conveniencia de colocar o no los emisores de ultrasonidos en los aparatos, . unto con los de rayos desintegradores, la respuesta fue aprobatoria.

Pero con un margen tan justo que Paul desechó la idea de llevarlos al mismo tiempo.

Terry propuso al joven Gordon:

—Puede llevar uno de nosotros los desintegradores y el otro los

ultrasónicos.

—Eso lo podríamos realizar cuando la batalla a los robots esté prácticamente ganada; pero de momento debemos actuar de forma combinada; y por tanto conviene que llevemos los dos rayos desintegradores —subrayó Gordon.

—Lo que tú digas, señor Superior. Me olvidaba que además de todo eres un gran estratega.

—A no ser porque eres una buena compañera y una chica sensacional, te daría un par de azotes.

—Me gustaría que lo intentases.

—Lo intentaré… Pero será cuando podamos estar más tranquilos —replicó Gordon.

Dada-Magoa, que se hallaba presente, volvió a reír una vez más, diciendo al final.

—Es cierto lo que dijo Tao-Bing. A vuestro lado rejuvenece una…

—Pero si ella sigue haciéndome la oposición, a mí me van a salir los cabellos verdes —dijo a su vez Gordon.

En aquella ocasión rieron los tres.

—¿Cuándo vais a iniciar la acción? —preguntó Dada.

—Tras el estudio realizado sobre vuestros mapas, pienso que hoy mismo podemos llevar a cabo un vuelo de reconocimiento.

—¿No será tanto como avisarlos de que se prepara algo contra ellos?

—Ya lo he pensado. Pero, sólo podemos hacer un ataque por sorpresa. Después los encontraremos siempre preparados —objetó Gordon.

—Eso es cierto…

—Es una verdadera lástima que no hayáis preparado un sistema de vigilancia que os permitiese conocer sus movimientos, en qué lugares están concentrados…

—Hemos fallado en bastantes cosas y ésa es una de ellas. Poseemos unos sistemas de detección, pero solamente cubren determinadas áreas en el espacio. Pero nada que se refiera a la superficie de Torio. Aunque se llegará a ello en plazo breve.

—Pero debemos actuar ahora. Es cuando de verdad se necesita.

Iba a responder la mujer valia, cuando vieron que se acercaba Tao-Bing dando muestras de agitación.

—Algo sucede… Algo que se sale con mucho de lo normal. Tao-Bing parece bastante agitado.

Al reunirse el valió con Dada y los dos astronautas de la Tierra, no aguardó a que le preguntasen.

E informó:

—Nuestros «telespías» han detectado la presencia de objetos voladores extraños.

—¿No se tratará de la nave que estaba destacada en la Tierra?

—No. Ya he dicho que se trata de objetos voladores extraños.

Terry y Paul cambiaron sendas miradas interrogadoras. Y el joven dijo al fin:

—No hay por qué alarmarse. De momento, no han atacado y eso es algo. ¿Han seguido su vuelo alejándose de Torio o han tomado contacto con él?

—Tenemos la impresión de que han entrado en contacto con él. Es lo que se puede deducir de la forma en que han desaparecido de las pantallas.

—¿Podría tratarse de aeronaves terrestres? —preguntó Terry a Gordon.

—Mucho tendrían que haber avanzado en ese sentido tras nuestra marcha de allá. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—Habrá investigado tras nuestra desaparición. Han podido llegar hasta Bogo-Dima y sus colaboradores. Tal vez éstos se han visto obligados a formar…

Tao-Bing movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—No. Se habrían cortado las comunicaciones y por ahora son normales. Están en espera de instrucciones...

—¿Quieres decir que piensan secuestrar a más gente de la nuestra? —preguntó Gordon.

—Siendo como sois nuestros aliados, no habrán más secuestros. No sería ni medianamente correcto —opuso Tao-Bing.

—Eso me gusta. Ahora lucharé con mejor ánimo —replicó Gordon.

Terry se limitó a asentir con un ademán.

Gordon se dirigió entonces a su atractiva compañera.

—Los acontecimientos se precipitan. Si no tienes nada que oponer vamos a realizar ahora mismo nuestro primer vuelo de exploración... Pero mucho cuidado...

—Sí, debemos tener cuidado... Ahora debemos contar con que puede salimos al paso un enemigo desconocido cuyas fuerzas ignoramos.

—Exactamente.

—Bien, tú dirás.

—Yo iré delante. Tú te mantendrás ligeramente rezagada y bastante por encima de mi aparato.

—Sí... Y si descubro el menor conato de ataque hacia tu cacharro...

—Tira sin compasión. No podemos entretenernos en advertencias, puesto que ellos no se han dado a conocer.

Los dos jóvenes cambiaron aún planes e impresiones antes de tripular cada cual su aparato.

CAPÍTULO VIII

Paul Gordon se lanzó delante en su veloz aparato.

Terry, que despegó casi al mismo tiempo que él, se elevó casi en vertical.

- muy poco después los dos aparatos ocupaban en el espacio las posiciones acordadas en relación el uno con el otro.

Probaron a comunicar.

- la prueba resultó perfecta, tal como la realizada con anterioridad antes de despegar.

Ambos aparatos habían rebasado ya la masa de agua constituida por el lago. Y sobrevolaban la región continental en donde consideraban que podían encontrarse Los robots. Aunque no eran éstos los objetivos inmediatos.

La pantalla que Gordon tenía ante sí recogía una parte del continente, mientras que Terry se mantenía vigilante en lo que se refería al espacio, tanto por encima de su aparato como entre el de ella y el de Paul.

Gordon descubrió en una zona que tenía gran semejanza con la

jungla que conocía de la Tierra a dos aparatos que descansaban sobre el suelo.

Los descubrió más por los robots que se movían en torno a ellos que por los aparatos en sí.

Estos estaban cubiertos por una capa de materia que apenas si reflejaban luz, por lo que eran sumamente difíciles de descubrir.

El joven comunicó a Terry sus observaciones.

- la linda astronauta preguntó:
  —¿Qué vas a hacer?

—Atacar por sorpresa. Es lo mejor...

—Adelante... Por aquí, sin novedad.

La frase quedó prácticamente cortada.

- siguió una palabra de advertencia en tono vibrante:

—¡Cuidado...

Antes de que Terry gritase su palabra de advertencia el instinto de Paul había advertido la presencia del enemigo.

- maniobró con desconcertante rapidez.

Siguió a su maniobra una explosión que aún sacudió en el aire al pequeño aparato, el cual se había librado por muy poco de una terrible descarga.

Gordon intuyó más que vio a la aeronave desde la cual le habían atacado y prosiguió su rápida y desconcertante maniobra.

Aún pudo librarse así de otra fortísima descarga.

Apenas hubo salido de la zona sacudida por la explosión, logró enderezar su aparato no sin cierta dificultad e hizo uso de los rayos desintegradores.

Fue algo que habría sorprendido al propio Gordon de no haber probado ya la forma en que actuaban tales rayos.

Se percibió como un leve siseo y siguió una explosión seca, no demasiado fuerte.

- la apenas entrevista aeronave enemiga que había producido el ataque, desapareció casi totalmente para dejar en el espacio una nubecilla de gases azules y amarillentos mientras algunos restos no desintegrados del aparató, perdida la fuerza expansiva que los había separado, iniciaban su caída.

En su maniobra para librarse del ataque enemigo y disparar luego con el máximo de probabilidades, Gordon se había elevado muy por encima de donde se hallaba Terry con su avión.

La joven terrícola había iniciado una maniobra de distracción, tratando de atraer sobre sí la atención del enemigo para dar ocasión a Paul a que maniobrase con más tranquilidad.

- al hacerlo había descendido hasta precisar las dos aeronaves que se hallaban en el suelo y el movimiento que se había activado en torno a ellas.

Se dio cuenta Terry de que unos seres que no eran los robots corrían precipitadamente hacia sus aeronaves.

- descubrió también que éstas despedían una energía que las hacía ligeramente más visibles.

Comunicó sus observaciones sobre la marcha a Gordon y le dijo:

—Voy a atacar antes de que puedan elevarse.

—Te ordeno...

—No ordenes. Y sírveme de techo por si acaso —replicó fríamente la astronauta.

Era lo razonable según consideró el propio Gordon, el cual dijo:

—Adelante.

Sabía que Terry actuaría aunque no le diese su conformidad, pero quiso darla para que ella actuase con más seguridad.

Vio que el pequeño avión de Terry ponía proa hacia las aeronaves.

- él mismo se lanzó para situar su aparato de forma que los rayos desintegradores quedasen situados a distancia eficaz.

Se movió una de las aeronaves iniciando el despegue sin

aguardar a todos sus tripulantes.

Se cerró la compuerta y se escondió el tren de aterrizaje.

Un movimiento más la colocó en situación de poder hacer una descarga sobre el avión de Terry.

Esta lo intuyó; y se adelantó a lanzar una emisión de rayos.

Se produjo el mismo fenómeno que anteriormente había sucedido en el aire, apareciendo la nubecilla de gases azules y amarillentos.

La primera de las aeronaves había desaparecido totalmente desintegrada.

Terry no había podido tocar con sus rayos desintegradores a la segunda de las aeronaves y ésta, que se elevaba ya, se colocó en situación de privilegio para lanzar sus potentes descargas sobre el pequeño y maniobrero avión pilotado por la aeronauta.

Y la joven desconcertó a su enemigo descendiendo casi a ras de suelo cuando él se disponía a disparar.

Los de la aeronave detuvieron la acción seguros de no tocar a su enemigo. Y por el contrario, podían causar grave daño entre los suyos que quedaban en el suelo.

Afortunadamente para Terry, Gordon, que se había situado ya en posición de disparo con su avión, dio al emisor de rayos tan pronto tuvo al enemigo en línea.

Se produjo el desconcertante siseo y siguió la seca explosión que convirtió a la tercera de las extrañas aeronaves en materia gaseosa.

Paul había tenido que forzar el viraje de su aparato, al cual le costó levantar a continuación pará ganar altura rápidamente.

Cuando terminó la maniobra vio que Terry había logrado ganar altura asimismo y que volaba para situarse tal como marchaban antes de que se iniciase el encuentro.

A Paul no tardó en llegarle la voz de Terry, diciendo:

—Primera parte del objetivo, lograda. Sin novedad.

—Sin novedad por aquí también. ¿Cuál es la segunda parte del

objetivo? —preguntó Gordon en tonillo humorístico.

Comprendió la atractiva rubia, que replicó con no menos humor:

—La que usted ordene, jefe. Yo intentaría atrapar a algunos de esos extraños seres que han quedado en el suelo.

—Ya lo he pensado. Y a menos que tengas una idea mejor, voy a tomar tierra si estás dispuesta a protegerme.

La respuesta no tardó en llegar. También en tono humorístico, pero en el que latía cálida emoción:

—¡Claro que estoy dispuesta a protegerte! Estamos solos y bastantes años luz de la Tierra. Si caes tú, me quedo sin hombre que llevarme a la boca.

—Olvidas a nuestros jóvenes amigos que viven en el lago. Podrías sacar uno de allí.

—Es una idea. Aunque tal vez tardaría algunas generaciones adaptarse a nuestra forma de vivir. Y yo sería ya una viejecita.

—Recuerda, Puedes no envejecer.

—En tal caso sería una joven con muchos años y con escasas ilusiones. ¿Por qué no dejar las cosas como están?

—De acuerdo… Voy allá.

—Un momento…

—Tú dirás.

—¿Te has fijado en que las plantas carnívoras no atacan a esos extraños seres?

— ¡Diablos! Parece que van provistos de una especie de coraza escamosa. Y no debe ser nada digerible.

Mientras hablaban, los dos jóvenes se iban situando de forma conveniente para tomar tierra Gordon y mantener su defensa Terry.

No habían dejado de observar los movimientos que se habían producido debajo de ellos.

Y recibieron la impresión de que los robots alertaban a las

plantas carnívoras, las cuales se agitaron de forma para que los dos astronautas resultó increíble.

Paul señaló a Terry el lugar en donde pensaban descender. Y comenzó por despejarlo de posibles enemigos con dos pasadas de rayos desintegradores.

Luego evolucionaron los dos aviones casi a ras del suelo, destruyendo algunos robots y cuidando de no tocar a los extraños seres.

En el momento adecuado se posó en el suelo el aparato de Gordon, el cual saltó, llevando con él un emisor de mano de rayos desintegradores.

Terry actuó a su vez despejándole las inmediaciones de plantas carnívoras y de robots, algunos de los cuales quedaron convertidos en gas mientras otros huían velozmente.

Tres de los extraños seres quedaron frente a Gordon. Y éste hubo de actuar con rapidez para despojarlos de sus armas, cuidando de no tocarlos a ellos con los rayos.

E inmediatamente aprovechó la sorpresa y el miedo de tales seres para acercarse a uno e inutilizarlo, llevándolo hasta su avión.

No tardaron en reaccionar los otros dos, al ver que se llevaban a su compañero.

Sobre todo, cuando su instinto les avisó que se trataba de un ser vulnerable.

- corrieron, tratando de alcanzar a Gordon cuyo avance no era rápido debido al peso y a la resistencia que su prisionero le oponía.

Estaban ya cerca de Gordon y uno se agachaba para tomar una gruesa piedra, cuando intervino de nuevo Terry, lanzando una emisión de rayos que aniquiló al de la piedra y obligó al otro a huir.

Las plantas carnívoras se habían rehecho también y alargaban sus tentáculos para atrapar al joven astronauta.

- de nuevo hubo de actuar Terry para establecer una especie de vacío divisorio.

Llegaba ya Paul a su aparato, en el cual, no sin realizar un considerable esfuerzo logró cargar a su pesado prisionero.

Saltó luego el aeronauta, colocándose a los mandos.

Pero antes de iniciar el despegue hubo de hacer uso de nuevo de los rayos desintegradores, los cuales dirigió contra unos robots que, provistos de armas, avanzaban contra él.

Fue cosa de segundos el que quedasen convertidos en gas que se fue esparciendo en el espacio.

- lo mismo sucedió a otro grupo de plantas carnívoras que intentaban establecer un cerco para imposibilitar el despegue del avión.

Tras la última pasada de Terry puso Paul su avión en marcha, iniciando el despegue a la vez que con una nueva emisión de rayos despejaba todo el terreno ante sí, terminando con toda posible oposición.

Ya en vuelo normal le llegó la voz de Terry, voz en la que con un tono aparentemente frívolo, pero que no podía ocultar su ansiedad, dijo:

—Parece que te has visto en dificultades.

—Un poco. Este fulano es un pesado... Más de lo que podía imaginar.

—¿Habla?

—Sí, tal vez sea un idioma. Son una especie de silbidos que suenan terriblemente cuando se enfada. Y parece que está enfadado.

—Piensa en cómo estarías tú si te hubiesen atrapado...

—Prefiero no pensar. A veces es peligroso —bromeó el joven.

Sobrevolaban los dos astronautas terrestres el lago.

- no tardaron en tener a la vista la isla en donde residían los valios.

Las aguas del lago tenían una gran transparencia.

- pudieron descubrir algunos de sus habitantes, jugueteando

entre sí.

Terry, observándolos atentamente, dijo a Paul:

—Parece que se entretienen en juegos amorosos.

—Parece que, fuera de la comida, no tienen otra cosa mejor que hacer.

—Están menos deformados de lo que podía creerse dada su larga permanencia en el agua.

—He pensado en ello. He pensado también que son animales de sangre caliente. Y que no tienen una capa de grasa que les proteja, como sucede con las ballenas, las focas o las morsas...

—También yo lo he pensado...

—¿Y qué deduces de eso?

—Que tal vez no pasan dentro del agua tanto tiempo como creen los valios...

—Creo que has llegado a una sorprendente pero justa conclusión.

Guardaron silencio. Se debían preparar para tomar tierra.

Tras las primeras evoluciones sobre el campo descubrieron a Dada-Magoa y a Tao-Bing que les esperaban.

Terry primero, Gordon después, se posaron con sus aviones en el suelo, cerca el uno del otro.

Y cuando se detuvieron, fue la rubia, llena de curiosidad, la primera en saltar para dirigirse al avión de Gordon,

Apenas abierta la carlinga del aparato experimentó el joven la sensación de que tanto sobre él como sobre su prisionero actuaba la desconocida energía que les comunicaba la sensación de ingravidez.

Y, ambos, sin necesidad de realizar esfuerzo alguno, fueron depositados en el suelo.

Fue entonces cuando pudieron examinar al prisionero detenidamente.

Era un ser auténticamente extraño. No porque procediese de otro planeta e incluso de otra galaxia, sino por su constitución.

CAPÍTULO IX

Lo que primero llamó la atención de los jóvenes astronautas de la Tierra, así como de los dos valios, fue el hecho de que solamente dispusiera de un ojo, grande, semiesférico, situado en la parte alta de la frente.

Ojo que jugaba fácilmente y que podía proteger cuando le convenía con el párpado superior, de un material duro, semejante a las escamas de algunos peces terrestres.

La cabeza, protegida también por pequeñas placas escamosas, tenía parecido a la de un pájaro, incluyendo el pico, duro, pero no agudo, sino más bien romo.

Y por él emitía sus furiosos silbidos; porque el extraño ser parecía irritado, lo que hacía tomar a sus escamas de la cabeza un color rojizo a cambio de su natural, de tonalidades verdosas y azules suaves.

El tronco, muy semejante al de los hombres, era recio y estaba asimismo cubierto de unas placas escamosas, gruesas y mayores que las que servían de promoción al rostro. Placas escamosas que en brazos y piernas eran como anchas pulseras en determinados lugares, para su mejor juego.

El extraño ser no llevaba más prenda de vestir que un escueto taparrabos formado por una malla metálica, muy semejante a la que usaban los caballeros en la Tierra, en el medievo.

Las piernas resultaban algo cortas con relación al cuerpo, tal vez porque las tenía ligeramente arqueadas y muy vigorosas, lo mismo que el tronco y los brazos.

No tenía pelos. Y la protección del párpado consistía en una especie de rebaba, dura por el exterior y blanda en su interior y que encajaba perfectamente cuando cerraba el ojo.

Tao-Bing se dirigió a los dos jóvenes terrestres, diciendo :

—Hemos detectado el momento en que desintegrabais una de sus aeronaves en el espacio.

—Tuvimos mucha suerte. Porque pudimos desintegrar dos más en el suelo. Gracias a eso hemos podido apresar a este individuo; se quedó en tierra con otros dos cuando intentaron elevarse para combatirnos.

—¿Y qué ha sido de los otros dos?

—A uno de ellos hubo que eliminarlo. El otro ha quedado allí, junto con los robots.

—¿Significa eso que no han atacado a los robots?

—No los han atacado. Por el contrario, yo aseguraría que habían hecho alianza con ellos.

—¿Cuál ha sido el comportamiento de las plantas carnívoras?

—Tampoco los han atacado. Estos fulanos deben resultar bastante indigestos, a menos que se les quiten las escamas. Y no debe resultar fácil. Además, poseen armas bastante eficaces y parece que se saben servir de ellas.

Tras un corto lapso de silencio, Tao-Bing, que parecía claramente preocupado, dijo:

—¿Cómo es posible que se hayan entendido con los robots?

—Estudiad la forma en que vosotros os entendíais con ellos, cómo les dabais las órdenes… Y tal vez obtengáis una respuesta,

Tao-Bing admitió la idea con un gesto a la vez que decía:

—Lo haremos. No lo había pensado.

Dada-Magoa preguntó a Gordon:

—¿Crees que estos seres razonan, poseen inteligencia comparable a la nuestra?

Intervino Tao-Bing para decir:

—Todo hace pensar que sí. El grado de civilización a que han llegado debe hacernos considerar tal cosa.

La rubia Terry, que había permanecido escuchando, intervino entonces para decir:

—No podemos estar seguros de que sean precisamente estos seres los que han llevado adelante la civilización de que disfrutan. Tal vez los que quedaban dentro de las aeronaves eran diferentes.

—¿Quieres decir que estos individuos pueden ser unos simples servidores, como eran para nosotros los robots?

—Exactamente. Pueden ser ciudadanos de segunda o tercera clase.

—Lo malo es que nos ha sido imposible apresar a ninguna de las tres aeronaves.

Dada-Magoa dijo entonces:

—Si hubiesen tomado contacto directo en nuestra isla, nos habríamos podido apoderar de una de esas aeronaves. Pero esta energía nuestra que podría dominarlos no la podemos hacer efectiva fuera del territorio que ocupamos. Y en algunos lugares resulta débil, poco eficaz.

Terry preguntó:

—¿No habría forma de poder interrogar a este individuo?

—Si lográsemos hacerlo hablar, podríamos llegar a descifrar esa especie de código que es un idioma. Y cuando más sencillo sea el código, más fácil de descifrar —intervino Tao-Bing.

—Sin embargo, no habéis logrado descifrar el de vuestros

descendientes del lago —objetó Terry.

—A veces pienso que ellos no quieren entenderse con nosotros, no quieren saber nada de nosotros. Por eso han transformado su forma de expresarse. Y es posible que la vayan haciendo cambiar...

El extraño ser capturado por Gordon parecía haberse tranquilizado y observaba con curiosidad tanto a los jóvenes aeronautas como a los dos seres de Valió.

Tao-Bing, al responder, había reflejado en su expresión la más viva amargura.

Terry dijo:

—No intento entrometerme en vuestros asuntos, pero parece que las relaciones entre vosotros y las generaciones que vinieron detrás, después del desastre, no fueron buenas.

—Ni nuestra dirección les comprendió a ellos, ni ellos hicieron demasiado por hacerse comprender. Entre eso y el miedo a los peligros a que deberían haber hecho frente, optaron por separarse de nosotros...

Dada-Magoa intervino para decir:

—Ahora es inútil volver la vista atrás. Vamos en busca de soluciones. Intentaremos conocer la forma de expresarse de estos seres... Y si es posible, le interrogaremos.

—Espero que no nos van a necesitar para eso... —señaló Gordon.

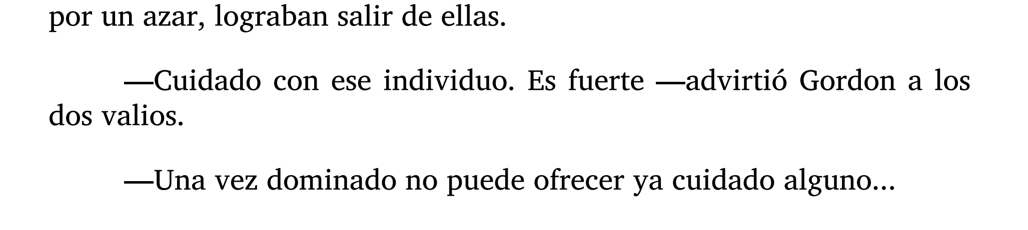
—Pues no —respondió Dada-Magoa.

—En tal caso vamos a proseguir con lo nuestro. Y lo nuestro de momento es terminar con los robots.

—Adelante. Cuando hayáis terminado con ellos, habremos ganado una batalla importante.

—Si terminamos con ellos rápidamente, estos extranjeros dejarán de tener un poderoso aliado contra vosotros. Porque me temo que estuviesen tramando la invasión de vuestra isla.

—Y yo también... Aunque eso les iba a resultar bastante más difícil de lo que ellos pudiesen imaginar. A medida que hubiesen ido llegando, sus aeronaves serían inmovilizadas. Lo mismo que ellos, si,


por un azar, lograban salir de ellas.

—Cuidado con ese individuo. Es fuerte —advirtió Gordon a los dos valios.

—Una vez dominado no puede ofrecer ya cuidado alguno...

—¿No podría escapar al dominio de esa energía vuestra?

—No, una vez que se le ha logrado dominar...

Se despidieron los dos jóvenes terrestres de los valios.

Y los primeros volvieron a sus pequeñas aeronaves, dispuestos a llevar a cabo una segunda salida, mientras los segundos se llevaban con ellos al prisionero, dispuestos a estudiarlo primero para, poder interrogarlo a continuación.

En lo que restaba de mañana los dos jóvenes realizaron tres salidas con bastante fortuna comando nota cuidadosamente de los robots que iban aniquilando.

Descansaron cuando aún faltaba una hora para la comida del mediodía.

Y cambiaron impresiones con Tao-Bing y Dada- Magoa, la cual, tras una consulta con la dirección de la isla, les comunicó:

—Habéis aniquilado el noventa por ciento de los robots. Considero que terminar con los que quedan ahora será bastante difícil.

—Sí, es algo que hemos podido comprobar. Los que quedan, aparte esconderse, se han diseminado.

Terry intervino para decir:

— Habremos de ir atacándoles uno a uno, pero desde el mismo suelo...

—Antes de iniciar esa fase de aniquilamiento, tendréis que actuar contra las plantas carnívoras. Luchando en .el suelo ellas son la mejor defensa que tienen los robots.

—Ya lo hemos pensado. Esta misma tarde comenzaremos la acción contra ellas.

—Pero estaréis cansados...

—No demasiado.

La rubia Terry, que había vuelto a mantenerse silenciosa, dijo al fin:

—Teniendo en cuenta que los «ultrasonidos» pueden cambiar la naturaleza de las plantas, ¿no sería posible convertirlas en vegetales normales?

—No tenemos ni idea de la reacción que se puede producir en ellas. Y por mi parte considero que lo mejor es hacer algo semejante que lo realizado con los robots: aniquilarlas.

—Son seres vivos —objetó Terry.

—Los animales que sacrificamos para nuestra alimentación también son seres vivos. E indefensos. Y lo mismo sucede, aunque en otro orden, con los vegetales que consumimos, con las frutas…

—Tienes razón. Las aniquilaremos…

Los dos pequeños aviones fueron desposeídos de las instalaciones que producían los rayos desintegradores.

Y se instalaron en ellos los aparatos productores de ultrasonidos.

Los dos jóvenes astronautas se debieron de proveer de defensas contra los ultrasonidos, para no ser a su vez víctimas de ellos.

Iniciaron inmediatamente un vuelo de prueba, sometiendo a las ondas ultrasónicas a las primeras colonias de plantas carnívoras que encontraron.

Las plantas se agitaron convulsivamente, como si presintieran la presencia de seres vivos propicios para su alimentación.

A la vista de Gordon y Terry, unos animales de la fauna de Torio, asustados por los robots, fueron a caer en una colonia de plantas carnívoras que devoraron inmediatamente a los animales.

Terry, excitada por la escena, comunicó con Gordon, al cual dijo:

—¿Lo has visto? Son los robots los que han empujado a esos animales para que fuesen ingeridos por las plantas.

—Ya me he dado cuenta. Es una normal asociación.

—¿Qué reciben a cambio los robots? —preguntó Terry.

—Seguridad. Las plantas los defienden contra los ocupantes de la isla, los cuales no se han atrevido hasta ahora a perseguirlos en el continente.

—Es cierto. No había pensado…

A la vista de los dos jóvenes un grupo de plantas luchó entre sí, disputándose los despojos de una de las bestias capturadas.

—¿Has visto eso? —preguntó Terry.

—Sí, claro. Es natural, ¿no? Y he filmado todo un rollo… Si llegamos a poder exhibirlo algún día en la Tierra, casi no lo van a creer.

—¿Crees que volveremos allá?

—Debemos regresar. Nos lo deben, después de lo que estamos haciendo por ellos.

—Tienes razón.

Maniobraron los dos jóvenes en sus aparatos.

Y ambos se dispusieron a iniciar su experiencia contra las plantas carnívoras.

Terry propuso:

—Iré por delante con los ultrasonidos. ¿Por qué no me sigues con un nuevo rollo de película dispuesto? Valdrá la pena registrar la reacción que se produzca…

—Es otra de tus buenas ideas, rubia. Adelante. Tengo otro rollo preparado.

Volvieron a maniobrar, lanzándose Terry por delante, siguiéndola Paul a una distancia que consideró conveniente para poder apreciar en el filme las primeras reacciones que se produjesen.

Las plantas carnívoras, que aparecían agitadas, a medida que Terry las fue sometiendo a la acción de las ondas ultrasónicas, se fueron aquietando.

Fue la primera reacción que pudieron apreciar los dos jóvenes

terrestres.

En una nueva pasada, en la que Terry no empleó las ondas, pero que Paul filmó también, se dieron cuenta ambos que el color entre violeta y rosáceo de las plantas se iba trocando en verde.

En cuanto a la gigantesca flor en donde tenían la boca y que les servía con sus vivos y atrayentes colores para captar la atención de sus víctimas, iba perdiendo color y forma hasta quedar convertida en una especie de inservible muñón.

—¿Has visto eso? — preguntó Terry a Paul.

—Lo he visto. Creo que hemos conseguido lo que nos proponíamos.

—Haría falta una prueba...

—¿Qué prueba?

—Voy a tomar contacto con el suelo. Descenderé y me acercaré a ellas, a ver qué pasa.

—Yo que tú no lo intentaría. Carecemos de armas para mantenerlas a raya en caso de ataque...

—Pero deberemos saber cuanto antes...

—Deja trabajar a los robots. Envían nuevas víctimas.

Tal como Paul señalaba, dos robots empujaban a varios animales de la fauna de Torio en dirección a las plantas carnívoras que habían sido sometidas a las ondas ultrasónicas.

CAPÍTULO X

El joven Gordon filmó la acción con el aparato al mínimo de velocidad a que se podía mantener en el aire. Pero hubo de pasar rápidamente, lamentando no disponer de un aparato volador tipo helicóptero.

Y otro tanto sucedió a Terry, la cual maniobró a distancia para volver a sobrevolar el mismo sitio.

Las bestias llevadas al lugar por los robots permanecían tranquilas junto a las plantas transformadas por los ultrasonidos. Plantas que no hicieron lo mínimo por atraer a los seres que hasta entonces habían sido sus víctimas y constituido su alimentación.

Los robots, que habían presenciado el fenómeno, daban la impresión de hallarse desconcertados.

Habían descubierto con sus antenas a los aparatos voladores y huyeron a esconderse.

—¿De qué van a alimentarse ahora estas plantas?

—Tal vez muchas de ellas mueran y otras se adapten. Reforzarán sus raíces y vivirán como los vegetales normales que conocemos.

—¿Puedo descender ya? A la vista está que no son peligrosas...

—Habrá tiempo de descender. Quiero que seas prudente. Vale más trabajar sin agotar el tiempo de vuelo...

— Está bien, hombre consciente y razonable. Si las mujeres buscan seguridad al lado del hombre, cuando regresemos a la Tierra vas a tener cola para casarse contigo...

—Prefiero no responderte ahora...

Volvieron los dos jóvenes a someter nuevas colonias de plantas carnívoras a las ondas ultrasónicas.

Y según pudieron observar se fueron produciendo los mismos fenómenos de que habían sido testigos con anterioridad.

Algunos robots que se escondían en una de las colonias sometidas a los ultrasonidos, salieron huyendo.

Al fin dio Faul orden de regresar a la base.

—¿Has visto rastro alguno del invasor que tuvimos que dejar entre los robots? —preguntó Paul a Terry.

—No. Ni he visto rastro alguno de nuevos invasores.

—Más vale así.

—Cuando hayamos exterminado a los robots ese invasor solitario no tendrá más remedio que dejarse ver —arguyó Terry.

—A menos que vengan nuevas aeronaves y se lo lleven. O intenten la invasión de la isla. Cosa que también puede darse.

Sobrevolaban los dos astronautas las aguas del lago, ·limpias, transparentes.

—Aquí parece que no hay contaminación. Han superado la plaga —dijo Terry en broma.

—O no han llegado a padecerla aún —fue la respuesta de Gordon.

Llegaban ya a la base de la isla, en la cual descendieron en el preciso momento en que Dada-Magoa y Tao-Bing hacían acto de presencia en la misma, tras haber detectado en las pantallas el regreso

de los dos terrestres.

Los dos astronautas, una vez hubieron abandonado sus aparatos voladores, se despojaron de la protección contra las ondas ultrasónicas.

—Parecéis satisfechos —se adelantó a decir Dada-Magoa.

—En principio ha sido un éxito —informó Terry, mientras Gordon se preocupaba de sacar de su avión los rollos que habían sido filmados

Dijo el joven mostrando los filmes a los de Valió:

—Tengo interés en revelar cuanto antes estos dos rolles. Será el mejor informe que os podemos presentar.

—¿Así pues, las ondas ultrasónicas han sido eficaces?

—Ya lo podréis apreciar vosotros mismos aquí.

—¿Quieres pasar tú mismo a nuestros laboratorios de revelado? —preguntó la mujer valia a Gordon.

—Me gustaría.

—Pues ahora os conduciré hasta allá Vamos, subid al coche.

Mientras los dos terrestres y los dos valios se dirigían al edificio en donde estaban ubicados los laboratorios, los servicios automáticos funcionaban para retirar los dos aviones, llevándolos a sus respectivos hangares.

—¿Qué hay de nuestro prisionero? —preguntó Terry a Dada-Magoa.

—Ha costado hacerle hablar, pero al fin lo hemos conseguido, aunque para ello hemos tenido que administrarle una droga.

—¿Así pues, conocéis ya su idioma?

—Sí. Es muy limitado —dijo la mujer.

Tao-Bing dijo a su vez:

—Teníais razón cuando señalasteis que éstos eran una especie de ciudadanos de segunda clase. Son poco más que eran los robots para

nosotros.

—Pero son seres vivos, capaces de razonar…

—Sí, razonan de forma muy elemental, pero razonan. Y tienen bastante memoria por lo que hemos apreciado.

—¿Así pues, en las aeronaves iban otra clase de seres?

—Sí. Y tenemos una idea bastante clara de cómo pueden ser. Físicamente no difieren de alguna de las razas de la Tierra. Son altos, rubios, delgados… Fríos y cerebrales —añadió Dada-Magoa con leve ironía.

—¿Venían a invadiros? —preguntó Terry.

—Aún no lo tenemos claro, pero parece que no. Torio sería una estación intermedia en el largo viaje por el cosmos. Pensaban hacer más tarde otra escala. Y finalmente construirían en el espacio algunas estaciones interplanetarias desde las cuales saldrían para la planeada invasión.

—¡¡Vaya! Pues parece que el pajarito ese ha soltado la lengua.

—Lo ha dicho bajo el efecto de la droga. Se le ha interrogado hábilmente. Pero todo eso puede ser falso, producto de la fantasía exacerbada por la droga.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Habrá que dejarlo descansar. Y cuando haya quedado fuera de la influencia de la droga, se le volverá a interrogar.

—No dirá nada.

—Sí dirá. Se le sorprenderá poniéndole delante sus revelaciones. Entonces sabremos qué hay de verdad y qué de fantasía en todo ello.

Sonrió Dada-Magoa, que añadió:

—No temáis. No emplearemos la violencia con él. Hace mucho tiempo que hemos desterrado la violencia, incluso en ocasiones como la que nos ocupa ahora.

Poco después pasaba Gordon al laboratorio fotográfico para revelar los rollos filmados contra las plantas carnívoras.

Y Terry aprovechó el tiempo para ir a ducharse y cambiarse de ropa.

Cuando se reunió con Dada-Magoa que la estaba esperando, fueron ambas directamente a la sala en donde se debían proyectar los rollos filmados.

—¿Vamos a ser los únicos espectadores? —preguntó Terry, un poco asombrada de que, hasta el momento, no se hubiese dejado ver ningún valió aparte de su acompañante y de Tao-Bing.

—No seremos los únicos espectadores. Por primera vez estaréis en el mismo lugar reunidos con una gran parte de los valios que vivimos aún…

—Ya era hora de que se dejasen ver.

—No debes sentirte molesta si hasta ahora se han mantenido alejados de vosotros. En primer lugar, sois extranjeros, seres extraños para nosotros. En segundo lugar, todos ellos son más viejos aún que Tao-Bing y que yo. Y se deben sentir acomplejados.

—Pero Tao-Bing y tú habéis estado cerca de nosotros desde el primer momento; y no he notado jamás que os hayáis sentido acomplejados.

—Sin embargo, en ocasiones sí nos hemos sentido en inferioridad. Pero ¿para qué hablar de esto ahora?

—Tienes razón. ¿No se os ha ocurrido filmar sobre la vida de vuestros descendientes en el lago?

—Tan pronto han visto que sobrevolábamos el lago con algún aparato volador tipo helicóptero, se han escondido. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—Porque he notado que se han adaptado al agua, pero su estructura no ha cambiado gran cosa. ¿Llevan muchos años haciendo esa vida? Te ruego que me hables en años Tierra. Para mi será más comprensible.

—Tal vez algo más de trescientos años…

—No es mucho para que se produzca una evolución total, para una adaptación completa al medio, como la de nuestras focas, pongo por ejemplo. Pero a pesar de todo…

—¿En qué estás pensando?

—En que tal vez ellos disponen de cuevas lacustres y pasan bastante tiempo de su vida fuera del agua.

—¿Cómo es posible…?

—Es algo que vamos a saber pronto. Confío en que no nos traten a Paul y a mí como invasores, sino como amigos. Y pienso que iremos a verlos tan pronto terminemos con los robots y las plantas carnívoras.

—Iréis a anunciarles la buena nueva.

—Exactamente.

—Es una buena idea, no hay duda.

—Cuando lo sepan tal vez se decidan a salir de su actual *hábitat* para colonizar este magnífico planeta.

—Sería magnífico… Se van a encontrar con muchas realizaciones que no pueden sospechar ni muy remotamente.

—Yo les daría un consejo a ustedes: Que les dejen que organicen sus vidas a su manera. Y que sean ellos quienes impulsen su propia civilización. Así tendrán algo en que entretenerse y la vida les será más apreciada.

—Es cierto.

Llegaban Dada-Magoa y Terry a la sala de proyecciones. Tao-Bing les salió al encuentro para anunciarles:

—Paul está ya en la cabina. Va a comenzar la proyección tan pronto os acomodéis.

El asombro de Terry al penetrar en la sala de proyección fue notable.

Eran las primeras en llegar. Sin embargo, no hizo comentario alguno.

Dada-Magoa explicó:

—Irán llegando tan pronto nos hayamos acomodado.

—¿Una diferencia? —preguntó Terry.

La mujer de Valió se limitó a sonreír.

Apenas acomodadas en sendas butacas, fueron apagadas casi todas las luces. E inmediatamente después comenzaran a entrar los valios residentes en la isla.

Entraban silenciosamente y se iban acomodando en sus butacas, como si cada cual tuviese designada la suya de antemano.

«Orden y silencio», pensó Terry.

Se dio cuenta la astronauta de que era observada, tanto más por las mujeres valias que por los hombres.

- recibió la sensación de que se trataba de una auténtica procesión, un desfile de fantasmas, de seres de otro mundo.
- comprendió que no se dejasen ver.

Terry había quedado entre Tao-Bing y Dada-Magoa, los cuales parecían comprender las sensaciones e intuir los pensamientos de la joven a pesar de lo cual se abstuvieron de hacer comentario alguno.

Se produjo el leve ruido de dos avisadores y la sala quedó totalmente a oscuras.

E inmediatamente después se inició la proyección de los rollos que había filmado Gordon.

Terry se sintió tan interesada como los mismos valios a pesar de que el peso de la acción había recaído sobre sí y lo que se proyectaba en la pantalla no era nuevo para ella.

A medida que iba avanzando la proyección, el silencio en la sala era más tenso, la expectación mayor.

Para los valios, el hecho de ver que las plantas carnívoras se habían transformado y no atacaban a los animales que le llevaban los robots, resultó definitivo.

Comenzaron a hacer comentarios entre sí. Y a mirar a Terry con renovado interés.

CAPÍTULO XI

Gordon y Terry prosiguieron aquella misma tarde su tarea de transformación de las plantas carnívoras y de destrucción de los robots.

Pero la tarea era ingente, particularmente la que se refería a las plantas carnívoras, extendidas por grandes áreas continentales.

Liquidados los robots totalmente, según se pudo comprobar, fue apresado el otro extraño ser llegado en las destruidas aeronaves.

Y al fin, después de dos días de incesante trabajo, los dos jóvenes astronautas pudieron considerar como finalizada su labor en referencia a las plantas carnívoras.

Pudieron entonces dedicarse a filmar escenas referentes a la fauna del planeta Torio, la cual ofrecía peculiaridades que ni siquiera hubiesen podido imaginar con la más desbordada fantasía.

En algunos de los rollos que filmaron pudieron los dos jóvenes captar secuencias en que, las últimas plantas carnívoras, antes de su transformación, atrapaban animales que luego engullían.

Terry, viendo la proyección de tales secuencias, dijo a Paul:

—Temo que hemos desequilibrado la ecología del planeta Torio.

—No te preocupes. Surgirán auténticos depredadores que ocuparán el lugar de las plantas carnívoras y que no proliferarán de la manera peligrosa en que se extendían las plantas…

—Tienes razón. Además, eso es cosa de ellos… —bromeó la linda rubia.

Terminada a su vez aquella labor, dijo Terry:

—Ahora viene tal vez lo más difícil, lo más delicado…

—¿Te refieres a los habitantes del lago?

—Precisamente. Tenemos que convencerles. Y primero habrá que hablarles. ¿Nos querrán escuchar?

—Ya lo he pensado… Y hay a mano algo mejor que las palabras. Me refiero a esos filmes que hemos realizado.

—No creerás que va a ser fácil sacarlos de su *hábitat* para concentrarlos en las salas de proyección.

—No había pensado en tal cosa. Y sí en llevar las proyecciones a sus cuevas subacuáticas, si, como sospechamos, viven en ellas.

Cuando los dos jóvenes astronautas se disponían a entrevistarse con Dada-Magoa y Tao-Bing, dispuestos a iniciar la fase última de lo que estaban dispuestos a llevar a cabo, vieron llegar a los dos personajes de Valió, dispuestos a cambiar impresiones con ellos.

—¿Qué hay de nuevo? Parece que traéis informes… —dijo Gordon.

—Así es. Consideramos que son positivos.

—Vosotros diréis.

—Se han hecho trabajos de prospección en nuestro subsuelo, por medio de ondas ultrasónicas…

—No iréis a decirme que habéis encontrado nuevos minerales.

Sonrieron los dos valios, aunque su expresión al sonreír era triste. Y fue Dada-Magoa la qué respondió:

—No se trata de nuevos minerales, sino de algo que para nosotros resulta bastante más valioso…

—Te refieres a las cuevas subacuáticas.

—Exactamente. Vosotros teníais razón. Las hemos detectado. Y también hemos podido detectar que en ellas hay vida, movimiento…

—No podía ser otra cosa —dijo Terry.

—Lo difícil va a ser sacarlos de ahí —señaló Dada-Magoa.

—¿Por qué? ¿No decís que el principal motivo que les impulsó a ocultarse en las aguas fue el miedo a las plantas carnívoras? Porque en el agua estaban protegidos de ellas.

—Sí, ése fue el principal motivo. Es.: y la lucha con los robots.

—Paul y yo habíamos pensado en llegar hasta las cuevas con dos equipos de proyección. Y que vean por sí mismos que ya no existen plantas carnívoras. Ni robots.

—La idea es buena. Solamente falta que podáis llevarla a la práctica.

—¿Y por qué no? No me digáis que carecéis de equipos de proyección equipados con baterías O con pequeños productores de energía que les permitan total autonomía…

—Podéis disponer de todo eso. Lo difícil será llegar hasta allí. Y que quieran ver…

—Son pacíficos. No nos atacarán.

—Pienso que no. Ya visteis que huyen hasta de sus sombras.

—En tal caso, iremos y trabajaremos sin preocuparnos de ellos. Estamos seguros de que seremos capaces de despertar su curiosidad. Y terminarán por ver lo que hemos filmado.

—Si es así, adelante… Os deseamos mucha suerte.

—Bien. ¿Y qué hay de los invasores? — preguntó Terry.

—Se ha confirmado todo lo que se sabía. Y sabemos ya cuál es el planeta que pretenden invadir.

—¿Cuál?

—La Tierra... —dijo Dada-Magoa.

Tao-Bing se apresuró a decir antes de que Terry y Paul tuviesen ocasión de hablar:

—No os debéis preocupar. El mensaje de aviso ya está dado. Lo recibirán en la Tierra, Bogo-Dima y sus ayudantes. Y tienen la orden de comunicarlo inmediatamente a la Unión de Estados de la Tierra.

—No me digas que Bogo-Dima va a descubrir su presencia allí.

—Tiene orden de hacerlo. De alguna forma hemos de agradecer lo que estáis haciendo por nosotros. Algo que, por nuestro estado actual, por lo que nos rodea, no habríamos sido capaces de hacer jamás.

—¿Harán caso los dirigentes de la Unión de Estados de la Tierra a lo que les pueda comunicar Bogo-Dima?

—No hacerlo sería suicida. Y no creo que ellos quieran suicidarse. Por otra parte, vosotros vais a llegar allá antes que los invasores. El haber destruido aquí sus aeronaves exploradoras os permite ganar bastante tiempo...

—En esto te doy la razón.

—Por otra parte, vuestro viaje a la Tierra será mucho más rápido que el de ellos. Aun partiendo al mismo tiempo, llegaríais bastante antes.

—Eso también es cierto. Pero ¿cuántas generaciones nos separarán ya a nosotros de los seres que encontraremos allí? No se sabrá nada de nosotros.

Terry intervino para decir:

—Como mucho, estará registrado que el día tal de tal año desaparecieron dos jóvenes astronautas...

—Bogo-Dima lo habrá explicado todo. Y les podrá demostrar que deben darle crédito.

—Bien, no hablemos más. Adelantaremos nuestro trabajo. Necesitamos equipos que nos permitan llegar hasta donde están vuestros descendientes. Tened en cuenta que habremos de llevar con

nosotros los equipos de proyección y los filmes.

—Lo tendremos en cuenta. Y también que los filmes pueden sufrir deterioro o perderse. Y se han sacado varias copias...

—¿Podríamos llevar copias de esos filmes en nuestro regreso a la Tierra?

—Técnicamente no es imposible. Las llevaréis. O, al menos, las recibiréis allí.

* * *

Paul y Terry, que habían estudiado desde el aire los movimientos de los habitantes del lago, no encontraron grandes dificultades para llegar hasta una de las cuevas en que habitaban.

La presencia de los dos astronautas terrestres con sus equipos submarinos despertaron una auténtica oleada de pánico en los extraños seres, la mayor parte de los cuales eran jóvenes.

Terry y Paul, que habían salido del agua al borde mismo de una amplia plataforma, dieron la impresión de que no se habían apercibido de lo sucedido ante su presencia.

Y comenzaron por dejar en el suelo los proyectores de que se habían valido para iluminar su camino hasta el lugar.

Seguidamente se despojaron de sus trajes y equipos subacuáticos, quedando sólo con las leves ropas que llevaban debajo de ellos.

Los movimientos de los dos terrestres eran reposados, dejándose ver bien para que los habitantes de la caverna se pudiesen dar cuenta de que no llevaban arma alguna y de que sus intenciones eran pacíficas.

En los seres del lago se podía producir una reacción de defensa manifestada de forma violenta. Pero era un riesgo que los dos astronautas estaban dispuestos a correr.

Una vez los dos jóvenes se hubieron liberado del equipo

subacuático, comenzaron a sacar, de los fardos que habían llevado con ellos, el equipo de proyección y los filmes.

Sin dejar su trabajo, Terry, que observaba atentamente a los habitantes de la caverna, dijo en tono bajo a Gordon:

—Parece que van perdiendo el miedo. Y que comienzan a sentirse ganados por la curiosidad.

—Eso es estupendo.

—Ellas son las más curiosas.

—Justo, como en la Tierra.

—Mereces que te dé un moquete.

—De eso ahora, nada. Sería echar a rodar nuestro trabajo.

Rió jovialmente Terry, dejándose llevar de un impulso, con el convencimiento de que la risa suya podría obrar sobre los jóvenes del lago mejor que las palabras.

A su risa respondieron unas risas tímidas. Risas femeninas.

—Te la vas ganando —observó Gordon.

—¿Cómo va eso?

—Hay que colocar la pantalla. En un sitio en donde puedan verla sin necesidad de que se desplacen.

Terry eligió un lugar para la pantalla, de forma que la máquina proyectora no tuviese que acercarse a donde estaban los curiosos seres.

Se inició la proyección.

Los habitantes de las cavernas del lago se mantuvieron en principio a discreta distancia. Pero no tardaron mucho en comenzar su desplazamiento para situarse y poder ver mejor.

Fue entonces cuando de entre los jóvenes salieron algunos seres, varones y hembras, de más edad.

Terry calculó que algunos de ellos podían tener muy bien los sesenta años, con arreglo al tiempo en la Tierra, y aún más. Y

comunicó sus impresiones a Paul.

Comenzaron a suscitarse vivos comentarios que fueron subiendo de tono.

Discutieron los jóvenes con los de más edad. Y la joven cuyo parecido con Terry había sorprendido a ésta, se acercó a la pantalla para señalar que las plantas carnívoras ya no se comían a los animales.

- señaló asimismo la destrucción de los robots.

Fue acudiendo más gente, procedentes del lago y de otras cavernas.

- se hubo de repetir la exhibición.

Terry captó algunas palabras de idioma valió que había aprendido de Dada Magoa. Eran las primeras que oía a alguno de aquellos seres. Y se apresuró a responder con el poco conocimiento que del idioma tenía.

Más tarde sacó un pequeño espejo, se miró en él y se lo regaló a la chica que tanto se le parecía, haciendo que se mirase en él.

El espejo pasó luego de mano en mano y volvieron a escucharse risas femeninas.

Fue Terry la que, por medio de las chicas, hizo comprender que debían regresar a la superficie de la isla. Y delante de todos hubieron de vestir los equipos subacuáticos, incluidos los tanques de oxígeno.

En aquella ocasión se fue produciendo todo como un juego y no solamente fueron las hembras quienes rieron, sino también los varones.

- tanto unas como otros de los más jóvenes se dispusieron a zambullirse para acompañar a los astronautas de la Tierra, dispuestos a enseñarles el camino más corto.

Ellos no necesitaban de equipos especiales a pesar de que habían de pasar algunos trechos buceando.

Llegaron al fin al punto de la superficie de la isla desde el cual habían partido. Y tanto Terry como Paul, tras sacar los fardos con los filmes y el aparato de proyección y la pantalla, se izaron ellos mismos,

saliendo del agua.

La rubia que había recibido el regalo de Terry, no se hizo repetir la invitación para subir también.

Costó algo que les imitaran algunos jóvenes de ambos sexos. Pero al fin lo hicieron.

Mientras Gordon y Terry se despojaban de sus equipos subacuáticos, los jóvenes que habían salido del agua comenzaron a retozar, dando la sensación de que perdían su miedo, de que comenzaban a confiarse.

- los dos astronautas se mezclaron con ellos, tomando parte en sus juegos.

Para demostrar que también eran capaces de estar en el agua sin la protección que habían llevado, tanto Gordon como Terry se zambulleron y nadaron.

Su gesto fue recibido con alegría que se tradujo en aplausos.

Gordon y Terry, sin dejar de tomar parte en la diversión y en las bromas, examinaron detenidamente a sus nuevos amigos.

Tal como habían pensado, la frecuencia con que estaban en el agua no los había deformado aún para la vida de superficie.

Y consideraron que, prácticamente, habían cumplido su misión en Torio.

Para no asustarlos les prometieron una nueva visita para la tarde de aquel mismo día, Y les arrancaron la promesa de que algunos de ellos aceptarían la invitación de ir a su casa.

Cuando algo más tarde, de regreso los habitantes del lago a sus cavernas, Terry y Gordon rindieron cuentas a Dada-Magoa y a Tao-Bing de lo conseguido, preguntó la primera:

—¿Qué pensáis ahora?

—Permanecer aún unos días hasta lograr que se despierten sus sentimientos amistosos hacia vosotros. Habrá que prepararles sencillos regalos. Espejos, adornos...

—Contad con todo ello. Aunque entre nosotros toda clase de adorno había sido desechado...

—Pues tendréis que volver* a empezar. Las chicas tienen su natural coquetería... Y os las tendréis que ganar si queréis de verdad que lleguen a convivir con vosotros.

CAPÍTULO XII

Cuando Terry y Paul se despidieron de sus nuevos y jóvenes amigos, recobrados ya para la vida de superficie, los dos astronautas recibieron la impresión de que no tenían un claro sentido de lo que significaba aquella despedida.

Y la rubia que tanto se parecía a Terry, prometió:

—Algún día os visitaremos en vuestro planeta. ¿Es bonito como éste?

—Al menos a nosotros nos parece hermoso. Visto desde lejos lo llamamos el Planeta Azul...

—¿Azul? ¡Qué bonito!

—Esperamos que allí hayan terminado con algunos problemas, como era la polución atmosférica y de las aguas. Si han terminado con ellos, viviremos felices. Si no han sido capaces de tener sentido común, tal vez dejaremos de poder respirar...

—En tal caso volvéis aquí con nosotros, Os queremos mucho...

—Te prometo que, de no poder vivir allí, volveremos. Y nos quedaríamos con vosotros para siempre...

En aquella ocasión tanto Terry como Paul penetraron por sí

mismos en las cámaras de proyección ultra-galáctica.

Para ellos se abría de nuevo un período de tiempo en que sus existencias quedaban suspendidas, como sucedería en un planeta si se sometiesen al proceso de hibernación.

Cuando comenzaron a sentir uno y otro que sus ideas empezaban a perder precisión, pensaban en los seres que habían rescatado para una vida que no sabían si era mejor o peor; pero era la de ellos.

Luego recibieron la sensación de que ante ellos se abría una especie de abismo por el cual comenzaban a caer.

Se sintieron ganados por la ingravidez y al fin perdieron toda noción de existencia.

* * *

Paul Gordon, antes de abrir los ojos, pensó que a sus espaldas quedaban varias generaciones después de la suya.

¿Cómo estaría Terry? No recordaba que hubiese estado con él en su proyección ultra-galáctica.

Sería una viejecita. Y tendría que volver a Valió a reunirse con la rubia que había recobrado de las aguas del lago.

Oyó decir:

—Ya vuelve en sí.

Era la voz de Terry, una voz fresca, juvenil, que reconoció inmediatamente.

Abrió los ojos. Y descubrió —atendiéndole— a su rubia compañera, tal como la había visto la última vez. ¿Cuál había sido la última vez?

—Vamos, dormilón. Que ya está bien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Le había parecido ver, detrás de Terry, a tres seres de los cuales conservaba un vago recuerdo. Eran Bogo-Dima, Fas-Tang y Sung-Tag. Pero habían envejecido notablemente.

—Ha habido una especie de interpolación en la línea de energía que hacía tu transmisión. Y tu llegada se ha retrasado en unos ciento ochenta y dos minutos —exclamó Terry.

—Menos mal…

Bogo-Dima se excusó diciendo:

—Ha sido culpa mía. Pero lo peor que te habría podido suceder era que volvieses a Torio…

—Torio. Ahora recuerdo. Nuestra misión ha terminado, ¿verdad?

—Sí. Ha terminado. Pero nos espera una buena aquí —informó Terry.

—¿Qué sucede?

—Se acercan los invasores. ¿O es que no los recuerdas?

—Sí, claro. Destrozamos tres de sus aeronaves interplanetarias de exploración.

Intentó levantarse. No lo pudo lograr.

Y Terry le inyectó un reactivo.

—Dentro de un par de horas estarás como nuevo. Te ha perjudicado esa permanencia en el espacio por tres horas más de lo calculado.

—¿Cuándo nos recibirán los del Consejo de Naciones?

—Mañana. Está todo previsto.

Seguidamente dijo Terry:

—Nos han ascendido… Y parece que nos consideran viejos para dirigir la acción. Seremos asesores del Estado Mayor.

—No está mal. Nos pagarán bien y podremos casarnos…

—¿Casamos? Eso es algo que no preocupa a nadie y que ni siquiera nos debe preocupar a nosotros.

—¡No me digas…!

—Han evolucionado bastante. Y ya no hay polución.

Terry hablaba en tono ligeramente humorístico,

—Eso va bien.

—Nos han nombrado Héroes del Pueblo. Y nos condecorarán.

—¿Todavía andan con la manía esa de las medallas?

—Todavía. Parece que mientras perdure la humanidad, será un mal incurable.

Rieron alegremente.

—¿Qué ha sucedido con los filmes? —preguntó Gordon.

— ¡Vaya! Parece que te encuentras mejor y vas recordando. Están ahí ya, Y también los aparatos de proyección.

—¿Han llegado antes que yo?

—Antes que tú y después que yo. Pero hay más.

—¿Qué más hay?

—Ayuda bélica defensiva. Han enviado doce emisores de rayos desintegradores. Han estudiado bien las posibilidades del ataque y con ello se pueden cubrir las posibles zonas de acción de los invasores.

—¡Vaya! Parece que ni ellos ni tú habéis perdido el tiempo.

—Llegué en óptimas condiciones.

—Para que luego hablen del sexo débil.

—Habrás de ponerte al día. Hay igualdad de oportunidades y nada de discriminaciones con relación al sexo.

—Vamos progresando… ¿Y por qué nos condecoran?

—Estás mal de la memoria… Nuestra acción en Torio ha retrasado la invasión. Y ha permitido al Consejo de Defensa de la

Tierra hacer los preparativos pertinentes.

Gordon se dirigió a Bogo-Dima, al cual preguntó:

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Primero, asistir a vuestra lucha como meros observadores, aunque dispuestos a prestar cualquier ayuda técnica.

—Ese lenguaje me es familiar.

—Lo empleabais aquí en la Tierra en el siglo veinte…

Y aún queda.

—Somos unos conservadores… ¿Qué más?

—Terminada la contienda, destruiremos las cámaras de proyección ultra-galáctica; y nos volveremos a Torio en nuestra aeronave.

—¿Qué vais a destruirlas? Eso es una barbaridad.

—En la Tierra no quieren bases extrañas. Y me parece bien. Y por nuestra parte no queremos dejaros esas cámaras. Aunque parece que tampoco las vais a necesitar. Vuestros científicos, aunque en plan de ensayo, han logrado algo semejante.

—Menos mal… Pero vamos con retraso…

—¿Y qué importa? Con todos nuestros adelantos habéis sido vosotros quienes nos habéis salvado. Tal vez algún día necesitemos ayuda de cualquier plañera nuevo en el cual el hombre puede estar en la Edad de Piedra.

—No me atrevo a decirte que no…

Se escuchó como un leve susurro. Y una luz roja comenzó a destellar.

—Nos avisan —dijo Terry—. ¿Cómo te encuentras?

Gordon, que había logrado sentarse por sí solo, se puso de pie y respondió:

—Dispuesto.

Pulsó Terry un dispositivo y en una pequeña pantalla fueron apareciendo sucesivamente señales luminosas de diversa intensidad y colores.

La chica tradujo:

—El invasor entrará en nuestro radio de acción dentro de unas veinticuatro horas. Deberemos estar dispuestos con doce horas de antelación.

—Lo estaremos… Guerras y siempre guerras. Cuando no son los de dentro, son los de fuera…

—¿Y qué podemos hacer tú y yo? Dejarnos llevar, ¿no?

—Podemos hacer otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Amarnos. Tenemos doce horas por delante, ¿no?

—Ya era hora de que dijeses algo con sentido común… ¿Y a qué aguardas?

Los hombres de Valió se habían esfumado.

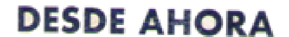
Y los dos jóvenes se abrazaron estrechamente.

—Me gustas más que cuando nos conocimos.

—Pues de eso hace ya bastantes años, ¿no?

Rió con traviesa expresión dejándose arrastrar por el impaciente Gordon que en aquel momento recordó a una bella rubia que había visto en un lago en Torio, allá, en otra galaxia donde el mundo se repetía.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

eb

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.